

TRADUCCIÓN OPORTUNA

Todos hablan en estos instantes de lo que pudiéramos llamar el Evangelio del Catalánismo, mas pocos lo conocen.

Allá va traducido fielmente, por si pudiera influir en que se hablase de esa doctrina en los Cuerpos Colegisladores con perfecto conocimiento de causa.

COMPENDIO

DE LA

DOCTRINA CATALANISTA

Premiado en el Concurso Regionalista

DEL

"CENTRO CATALÁN" DE SABADELL

APROBADO POR LA

JUNTA PERMANENTE

DE LA

UNIÓN CATALANISTA

Imprenta de EL CATALANISTA.— Sabadell, 1894

Se declara libre la reimpresión de este opúsculo.

El Secretario dió cuenta del veredicto del Jurado, resultando premiada de entre las doce composiciones recibidas, la que tiene por título «Compendio de la Doctrina Catalanista» Lemat: «Desde el día que a aquellos hombres extranjeritos, etc.» resultando autores D. Enrique Prat de la Riba y D. Pedro Mantanyola... (Acta del Concurso)

COMPENDIO DE LA DOCTRINA CATALANISTA

...Desde el día en que aquellos hombres extranjeritos se introdujeron en la señoría, siempre han envidiado nuestra libertad y o, uencia que Nuestro Señor Dios a esta patria había dado, y se esforzaron, como hoy se esfuerzan, en traer y llevar, y hacernos semejantes a sus pueblos, pobres, abyectos, y sin libertad alguna. (La II del Comte D'Urgell.— Revista catalana, pág. 34.)

I

LA PATRIA

Pregunta.—¿Cuál es el deber político más fundamental?

Respuesta.—Amar la patria.

P.—¿Cuál es la patria de los catalanes?

R.—Cataluña.

P.—¿Tiene algún fundamento la distinción entre patria chica y patria grande?

R.—Ninguno; el hombre tiene sólo una patria como tiene un solo padre y una sola familia. Lo que generalmente se denomina patria grande no es sino el Estado compuesto de varias agrupaciones sociales que tienen la condición de verdaderas patrias.

P.—¿España es, pues, la patria de los catalanes?

T.—No es sino el Estado, ó agrupación política á que pertenecen.

P.—¿Qué diferencia hay entre el Estado y la patria?

R.—El Estado es una entidad política, artificial, voluntaria; la patria es una comunidad histórica, natural, necesaria. El primero obra de los hombres; la segunda fruto de las leyes á que Dios ha sujetado la vida de las generaciones humanas.

P.—¿Qué ejemplo en la historia contemporánea hace palpables estas diferencias?

R.—El de Polonia. El Estado polaco murió cuando los ejércitos de Austria, Prusia y Rusia lo desmenuzaron; pero Polonia sigue y continúa siendo la única patria de los desgraciados polacos.

P.—¿Qué es, pues, la patria?

R.—La Comunidad de gente que hablan un mismo lenguaje, tienen una historia común, y viven unidos por un mismo espíritu que sella con algo de original y característico todas las manifestaciones de su vida.

II

CATALUÑA

Pregunta.—¿Cómo ha de considerarse á Cataluña?

Respuesta.—Como larga cadena de generaciones unidas por la lengua y la tradición catalanas, que vienen sucediéndose en el lugar que hoy ocupamos.

P.—La lengua catalana, ¿es idioma ó dialecto?

R.—Idioma. La motejaron de dialecto, unos por ignorancia, otros por mala fe, considerándola como una corrupción de la lengua oficial, que es la castellana.

P.—¿Es, entonces, una corrupción del castellano?

R.—Antes al contrario; el catalán es más antiguo que el castellano, y consiguió cierto esplendor cuando el castellano comenzaba á dar señales de vida. Aparte de que tienen un modo de ser diferente y hasta opuesto.

P.—¿Cuál es la característica de la lengua catalana?

R.—La concisión y sequedad de sus fra-

ses y modismos, que van derechos y sin inútiles rodeos á la expresión de las cosas tal como son; muy al revés de las ampulosas formas del castellano, que gasta un tiempo precioso y una bendición de Dios de palabras para expresar la más insignificante idea.

P.—¿No dicen vulgarmente, con especialidad los castellanos, que el castellano es más dulce y armónico que nuestra lengua?

R.—Ciertamente y á fuerza de repetirlo lo han hecho creer á muchos de nuestros paisanos; además, las lenguas no tienen por objeto regalar los oídos como el canto de los ruiseñores, sino entenderse las personas, y por tanto el valor de una lengua se mide por su precisión y exactitud más que por su armonía.

P.—¿Pero es cierto que sea más dulce la lengua castellana?

R.—Al contrario; lo es más la catalana, porque mientras la nuestra tiene ocho sonidos de vocales que forman una gradación suave y sin saltos, comparable á la que posee el francés, el castellano tiene sólo cinco sonidos de vocales, todas abiertas, y es abundante en los guturales como la j y la a clara que la asemejan á las lenguas semíticas.

P.—¿Cómo se explica, entonces, que esté tan generalizado entre los catalanes semejante error?

R.—Es común á todos los pueblos, porque nace de la condición humana el dejarse seducir por el atractivo con que la novedad reviste todas las cosas.

P.—¿A qué otra causa debe atribuirse?

R.—A la imperfección con que se habla nuestra lengua por la mayoría de los catalanes, efecto de no habérsenos enseñado en las escuelas.

P.—¿Es cierto, como han dicho algunos, que el catalán es sólo apto para la literatura?

R.—No; fué la primera lengua neo-latina que se usó en la filosofía; posee una rica y completa terminología jurídica que la hace adecuada á los estudios de Derecho; las leyes marítimas aceptadas por muchos pueblos, en catalán estaban escritas; en catalán deliberaron mientras tuvieron vida las Cortes catalanas, y en catalán se dirigían á las Cortes de la Confederación catalano-aragonesa aquella generación de reyes ilustres que vivieron cuando la Corona de Aragón era la primera potencia del Mediterráneo. Su aptitud para la vida política es, pues, innegable.

P.—¿Y en cuanto á las ciencias modernas?

R.—Todos los idiomas han formado su terminología tomándola del griego y del latín, y por lo tanto del griego y del latín puede deducir también la suya el catalán.

P.—La legislación catalana ¿es diferente de la castellana?

R.—Antes del año 1714 lo era en todo: leyes políticas, administrativas, judiciales, civiles, mercantiles; hoy sólo lo es en las civiles.

P.—El derecho catalán ¿es un derecho foral como dicen los castellanos?

R.—No; porque fuero significa privilegio, excepción de una regla común; y el derecho catalán no es una variante del derecho castellano, sino un derecho independiente y completo, dentro del cual existe también un derecho común ó general á toda Cataluña y un derecho foral ó privilegiado propio de determinadas comarcas, como el Valle de Arán, Barcelona, Campo de Tarragona, etc.

P.—¿Cuál es la característica del derecho civil catalán?

R.—La autoridad atribuida á la costumbre por la cual el pueblo colabora en la formación del derecho, la libertad de testar, y la sólida organización de la familia sobre la base de una autoridad paterna robusta y de un patrimonio familiar permanente.

P.—¿Y en qué principios se funda el derecho castellano?

R.—Son radicalmente opuestos á los anteriores: la negación de la libertad de testar; la negación de la costumbre; la supremacía de la ley escrita; la regulación minuciosa y excesiva que coarta la iniciativa individual; el rebajamiento de la autoridad paterna, y una débil y disolvente constitución de la familia y su patrimonio.

P.—¿Qué consecuencia se puede deducir de ello?

R.—Que los dos sistemas jurídicos son tan opuestos, que no pueden reducirse á uno solo sin que uno ú otro se sacrifique; á la manera que es imposible combinar el sí y el no en una misma cosa.

P.—¿Qué otra consecuencia es de notar?

R.—Que los castellanos, criados bajo la influencia de una legislación tan diferente á la nuestra, y empapados de conceptos jurídicos tan opuestos, son ineptos para legislar sobre nuestro derecho civil, y todo lo que hiciesen para reformarlo, aun yendo de buena fe, no daría otro resultado sino la desorganización.

P.—¿Quién debe, pues, cuidarse del derecho civil de Cataluña?

R.—Únicamente los catalanes, por ser ellos solos los que lo sienten y conocen y están poseídos de su espíritu.

P.—¿Cuál es el carácter de mayor relieve en la tradición científica de nuestra patria?

R.—Una marcada tendencia á las ciencias experimentales y de carácter práctico, hasta el punto de que los contados filósofos eminentes de Cataluña han abarcado á la vez otras ramas del saber humano, y dentro de la filosofía han seguido las corrientes de observación y análisis.

P.—¿No tenemos otro hecho que, dentro de este orden, manifieste asimismo el temperamento práctico de la gente catalana?

R.—Existe, y es muy elocuente: el desarrollo de los estudios sobre derecho positivo, y la manera tradicional y progresiva con que se han realizado las transformaciones de nuestra vida jurídica.

P.—¿Encuentra algún apoyo en la esfera religiosa esta particularidad de nuestro carácter?

R.—Sí; los santos de la nación catalana todos han sido, más que místicos, dados á la vida activa, desde San Paciano, el ardoroso obispo de Barcelona, San Ramón de Peñafort y San Vicente Ferrer, hasta el que en nuestros días fué canonizado, San Pedro de Claver, que murió propagando la fe cristiana después de una vida entera de lucha y sacrificio.

P.—Pero, el gran Raimundo Lulio ¿no fué místico?

R.—Sí, pero en todo buscó un fin práctico, hasta en su complicada filosofía. Su proyecto de enseñanza de lenguas orientales, sus sueños de conversión de los infieles y su muerte en tierras africanas, lo comprueban asimismo.

P.—Y en el orden artístico ¿qué lo demuestra?

R.—El predominio de la arquitectura, que es la más útil de todas las bellas artes; y dentro de la arquitectura, la decidida preferencia por el arte románico que es, entre todos, el más humano y menos idealista.

P.—¿Qué elementos determinan el carácter catalán?

R.—El espíritu práctico y utilitario, el genio mercantil y un temperamento abierto y decididamente liberal y tradicionalista á la vez.

P.—Ya se ha demostrado más arriba el carácter práctico de los catalanes; ¿cómo se prueba su espíritu mercantil?

R.—Hay suficiente con notar cómo ha crecido el comercio catalán apesar de las desastrosas disposiciones de los gobiernos españoles, y considerando que Cataluña fué, cuando se gobernaba ella misma, una de las primeras potencias mercantiles y marítimas de Europa.

P.—¿Pero no tiene hoy la Cataluña industrial el mercado de España?

R.—Sí; pero el mercado español es muy inferior al que supo conquistarse Cataluña en los tiempos de su autonomía; pues la política castellana, trabajando por la uniformidad española, ha estorbado la expansión de la industria y comercio catalanes, circunscribiéndolos á España y sus colonias y ligando así las distintas naciones del Estado para sus intereses.

P.—Y su amor á la libertad, ¿en qué se manifiesta?

R.—En las instituciones verdaderamente democráticas que se dió á sí propia Cataluña en los pasados siglos, en las luchas desesperadas y heroicas con que las defendió del absolutismo, y en la consagración de la libertad de testar por nuestras leyes civiles.

P.—¿Qué hechos de la historia contemporánea pueden citarse también?

R.—Las dos guerras civiles, en las que todos, tanto los que se decían liberales como los que se llamaban carlistas, daban generosamente su vida por los ideales de la libertad.

P.—¿Ha tenido mucha fuerza en nuestra tierra el espíritu tradicional?

R.—A excepción de Inglaterra y de la antigua Roma, ninguna nación de Europa puede alabarse como Cataluña de haberlo poseído tan vigoroso. Como en Roma la ley de las XII Tablas y en Inglaterra la Carta Magna, los Usatges de Barcelona han sido el fundamento nunca sometido ni destruido de nuestra legislación.

P.—¿Qué hecho más puede citarse?

R.—La duración maravillosa, hoy sobre todo en que las leyes duran meses solamente, de la constitución del municipio de Barcelona, que, con ligeras reformas, vivió 500 años, haciendo honor á la sabiduría de su autor el Rey D. Jaime; y todavía es de notar que no murió por inútil, sino víctima de la fuerza bruta de un conquistador.

P.—¿Qué vicios han empezado á desnaturalizar nuestro carácter nacional?

R.—El espíritu de rutina, el utilitarismo más desenfrenado, el individualismo y el flamenquismo.

P.—¿Cómo han sobrevenido?

R.—Por la degeneración de nuestro ca-

rácter, efecto de encontrarse Cataluña, desde hace algunos siglos, en una atmósfera contraria á su manera de ser.

P.—¿Cuál es este elemento enemigo de Cataluña y que desnaturaliza su carácter?

R.—El Estado español.

III

EL ESTADO ESPAÑOL

Pregunta.—¿Quiénes fueron sus autores? Respuesta.—Fernando V é Isabel la Católica.

P.—¿Cuántos crímenes han tenido que cometerse para constituirlo?

R.—El envenenamiento de Carlos de Viana, la deshonra de Enrique IV de Castilla y su esposa, la inicua expoliación de su hija Juana, y la falsificación de una bula pontificia que sirvió de fundamento á la conquista de Navarra.

P.—¿Y no se habla también de dos crímenes gravísimos cometidos para entronizar á Isabel la Católica?

R.—Sí; la voz pública de entonces atribuyó á envenenamiento la muerte de sus hermanos Alfonso y Enrique IV de Castilla.

P.—¿Cómo se formó el Estado español?

R.—Por la unión de las coronas de Aragón y Castilla.

P.—¿Cuál era la situación de Castilla al hacerse esta unión?

R.—La anarquía, la corrupción más espantosa; los nobles castellanos convertidos en ladrones de camino-real; el bandolerismo, la despoblación, el curso forzoso de la moneda de baja ley; tal era el cuadro desquiciado que presentaba. Lo dice un castellano: el padre Mariana.

P.—¿Y la situación de la corona catalano-aragonesa?

R.—Continuaba siendo la primera potencia del Mediterráneo, por su comercio, su poder naval y su diplomacia.

P.—¿Y qué territorios comprendía el reino castellano?

R.—Castilla, León, Galicia, Asturias, provincias Vascongadas y el Norte de Andalucía.

P.—¿Y la Confederación catalano-aragonesa?

R.—Cataluña, con los condados del Rosellón y Cerdeña, Mallorca, Valencia, Aragón, Sicilia, Nápoles, Cerdeña y Malta, los ducados de Atenas y Neopatria, y numerosas factorías en la costa de África, ó sea el doble del territorio castellano.

P.—¿De dónde viene entonces la grandeza de España en aquella primera centuria?

R.—De la grandeza de la Corona de Aragón.

P.—A pesar de la superioridad de la Corona aragonesa, ¿quién gobernó desde entonces y siguió gobernando el Estado español?

R.—Castilla.

P.—¿Y esto no es una exageración?

R.—Desgraciadamente es exacto. En tres siglos de monarquía absoluta no hubo ningún ministro catalán; durante la época parlamentaria pocos y en periodos cortísimos. En cuanto á la gran masa de empleados, sabido es que es castellana.

P.—¿No hay diputaciones y ayuntamientos catalanes?

R.—Sí; pero actúan según las leyes y costumbres no catalanas, siguiendo el espíritu de la política castellana dirigida por los caps-de-colla (jefe de grupo, en sentido respectivo) de Madrid.

P.—¿Qué otro hecho lo demuestra también palpablemente?

R.—La imposición de todo lo castellano por parte de los gobiernos. Las instituciones y costumbres políticas, los complicados engranajes administrativos y sus corruptelas, las leyes de todas clases, nacen de la tradición castellana, ó bien importadas de Francia y revestidas al estilo castellano. Es más: con el nombre de lengua española han impuesto el castellano á todos los pueblos, han bautizado de españolas sus costumbres, y han hecho encarnación del tipo español en el torero y la manola, como si en España no hubiese otro pueblo que Castilla.

P.—¿Cómo se comprende este resultado dada la superioridad de la confederación catalano-aragonesa?

R.—Los reyes, que al fundarse el Estado español trabajaban para hacerse absolutos, fijaron el centro del gobierno en Castilla, cuyo temperamento absolutista les facilitaba aquello casi imposible de llevar á cabo en la democrática Corona aragonesa.

P.—¿Y cómo gobiernan los castellanos el Estado español?

R.—De un modo que no es posible hacerlo peor: casi destruyeron el comercio y la industria de Cataluña; perdieron el dominio de los mares que tenían nuestras escuadras; los barcos venían cargados de oro de América y las tropas se sublevaron por falta de pagos; y fueron perdiendo todos los dominios de la Corona de Aragón en Italia y el Rosellón, y los reinos de Portugal y los Países-Bajos, que por herencia adquirieron.

P.—¿Y qué han hecho en la actualidad?
R.—Obligaron á sublevarse, con sus escandalosas explotaciones, á las Colonias americanas, y después de perder un mundo rico y floreciente concentran todas las aspiraciones nacionales en apoderarse de los yermos y pedregales de las kábilas rifeñas.

P.—El Estado español ¿a cuál de los dos Estados que se unieron para formarlo se parece más?

R.—Al Estado castellano, del cual viene á ser continuación por su política, tanto interior como exterior.

P.—¿El desgoberno es, pues, más viejo en Castilla?

R.—En casi todas las épocas de su historia son ciertas las siguientes palabras de un cronista castellano: «En ninguna parte del reino non se facia justicia... En los lugares que non eran cercados non moraba ninguno, et en los lugares que eran cercados manteníanse los más de ellos de los robos et furtos que fazian... Muchas de las gentes del reino desamparaban heredades et fueron á poblar los reinos de Aragón et Portugal.»

P.—¿Con qué Estado contrastó extraordinariamente por su origen, organización y política, el Estado español?

R.—Con la Confederación catalano-aragonesa.

IV

LA CONFEDERACIÓN CATALANO-ARAGONESA

Pregunta.—¿Qué fué la Confederación catalano-aragonesa?

Respuesta.—La monarquía federativa compuesta de Aragón, Cataluña, Valencia, Mallorca y los Estados de Sicilia, Nápoles, Cerdeña y Milán.

P.—¿Cuál fué la base de la Confederación?

R.—La unión de Cataluña y Aragón.

P.—¿Cómo se realizó dicha unión?

R.—Por la voluntad de los dos pueblos mediante el casamiento de una niña, la virtuosa Petronila, con Ramón Berenguer IV, el Santo.

P.—¿Cómo demostraron los pueblos confederados su voluntad de vivir unidos?

R.—Declarando en las primeras Cortes generales de la Confederación la indisolubilidad de dicha unión, estatuyendo que se debía obedecer al rey que quisiese romperla, y obligando al monarca, al comienzo de cada reinado, á jurar que mantendría perpetuamente la unión federativa.

P.—¿No contrastan vivamente estos precedentes con los del Estado castellano?

R.—Sí; antes de hacerse la unión definitiva de Castilla y León, registra la Historia numerosas uniones y separaciones por insurrección de Asturias y Cantabria, León y Castilla.

P.—¿Y qué sucedió al unirse Aragón y Castilla?

R.—Apenas la unión se realizó, ya se iniciaron en la Corona aragonesa tendencias á separarse, que se han reproducido en muchas ocasiones, sobre todo en Cataluña.

P.—¿Cómo se explica que los pueblos catalano-aragoneses, que tan alto espíritu de unión demostraron, al unirse con Castilla tendieran en seguida á separarse?

R.—Porque Castilla, al unirse con Aragón, al igual que en todas sus uniones anteriores, bajo el nombre de asociada obraba como despótica conquistadora.

P.—¿En qué forma se gobernaba anteriormente la Confederación catalano-aragonesa?

R.—Cada Estado tenía en los asuntos interiores absoluta independencia.

P.—¿Y en los negocios exteriores?

R.—Aparecían unidos como un solo Estado bajo la dirección del rey.

P.—¿Cuál era el nombre de la Confederación?

R.—Corona de Aragón.

P.—¿Cuál era la lengua oficial en los negocios internacionales?

R.—La catalana.

P.—¿Y en los asuntos interiores?

R.—La lengua propia de cada Estado.

P.—¿Dieron buenos resultados estos principios?

R.—El esplendor siempre creciente de la Casa aragonesa es una respuesta elocuente.

P.—¿Cuándo comenzó su decadencia?

R.—Al entronizarse la dinastía castellana que, en cuanto se hizo dueña del poder, inició la larga y no terminada cadena de agravios y humillaciones contra nuestra desventurada patria.

V

AGRAVIOS DE CATALUÑA

Pregunta.—¿Cómo se entronizó en la Confederación catalano-aragonesa la dinastía castellana?

Respuesta.—Por la violación de las sagradas costumbres que regulaban la sucesión á la Corona por parte del Parlamento de Caspe, que proclamó á Fernando de Antequera en lugar de Jaime de Urgell.

P.—¿Que memorables palabras pronunció el rey Fernando en las Cortes de Barcelona, estando rodeado de la nobleza y de cancilleres de la ciudad?

R.—Contó como él «avía muy bien mercado este regnado, ó como le avía costado más de mil doblas de oro.»

P.—¿Qué agravios ha recibido la tierra catalana?

R.—Casi todos los hechos de nuestra his-

toria posteriores á la venida de la dinastía castellana incluyen algún agravio.

P.—¿Cuál fué el primer agravio que recibió del rey Fernando nuestra patria?

R.—El haber entrado en la Confederación rodeado de personajes y tropas castellanas faltando así á las leyes de la tierra.

P.—¿Qué otro agravio recibió nuestra patria?

R.—El tormento y muerte traidora del último príncipe de la Casa Real Catalana, Jaime de Urgell, y el trato indigno que dieron á su esposa.

P.—¿Cómo trataron al conde de Urgell?

R.—El rey Fernando de Antequera, faltando á los pactos de la capitulación, lo entregó atado á un pelotón de soldados castellanos, que lo abofetearon y se mofaron de él, llamándole «hijo de...» «nescio, villano, modorraio catalán», martirizándolo así hasta que tres príncipes de la casa real de Castilla le ahogaron vilmente con sus propias manos estando ya viejo, enfermo y cuando ninguna resistencia podía oponerles.

P.—¿Quién facilitó recursos para la expedición de Colón?

R.—La Corona de Aragón.

P.—¿Cuál fué la recompensa?

R.—Privar á los catalanes y á toda la Corona aragonesa de comerciar con América.

P.—¿Cuándo Francia declaró la guerra á España, en tiempos de Felipe IV ¿qué conducta siguió Cataluña?

R.—Haciendo un esfuerzo heroico armó y mantuvo un ejército de 30.000 voluntarios que reconquistaron el castillo de Salces ó hicieron retroceder á los franceses invasores.

P.—¿Cómo pagó el gobierno de Madrid tantos sacrificios?

R.—Lanzando sobre Cataluña numerosos tercios castellanos, que, como si estuviesen en país conquistado, violaban las mujeres, asesinaban á la gente indefensa, saqueaban las iglesias y prendían fuego á casas y castillos y ciudades.

P.—¿De qué modo correspondió Felipe V á los obsequios de Cataluña durante su estancia en Barcelona?

R.—Rebajando la dignidad de los concejales, cerrando la Universidad y privando á la Diputación de Cataluña del derecho á recaudar impuestos.

P.—¿Recibió Cataluña otros agravios?

R.—Ni una sola de sus leyes fundamentales dejó de ser rota á cada paso por los gobiernos castellanos, y ni una sola de sus libertades desconocida.

P.—¿No había una Constitución que declaraba sagrado é inviolable el domicilio de los catalanes?

R.—Sí.

P.—¿La respetaron los virreyes castellanos?

R.—Con la excusa de perseguir bandoleros, derrumbaron centenares de casas de campo y castillos.

P.—¿Hasta qué punto llegó la tiranía en tiempos de Felipe III?

R.—Hasta el punto de mandar que se arrancasen todas las puertas y ventanas de los caseríos de Cataluña.

P.—¿Qué disposiciones sobre alojamientos las leyes catalanas?

R.—Que la casa catalana estaba exenta, no pudiéndose alojar nadie sin la voluntad del cabeza de familia, mediante los pactos ó condiciones que él fijase.

P.—¿Cómo se cumplieron en tiempos de Felipe IV?

R.—Mandando que los tercios castellanos se alojasen á pesar de todas las leyes en contra y aunque los dueños de las casas tuvieran que dormir en el suelo.

P.—¿Qué otra Constitución importantísima violaron constantemente, en provecho de la gente castellana, los reyes de la dinastía castellana primero y los gobiernos de Madrid después?

R.—La que disponía que fuesen catalanes todos los que ejercieran cargos públicos en Cataluña.

P.—¿Contra qué institución protestaron las Cortes catalanas?

R.—Contra la Inquisición, cuando, merced á la organización que le dieron los Reyes Católicos, se convirtió en dócil instrumento del absolutismo en Castilla.

P.—¿Cuál era la aspiración de Castilla?

R.—Reducir estos reinos de que se compone España «al estilo y leyes de Castilla» sin ninguna diferencia: son palabras de un ministro castellano.

P.—¿Y cómo tenía que obtenerse semejante resultado?

R.—El mismo ministro lo dice, al aconsejarlo al soberano: *Hacer que se ocasionen algún tumulto popular grande, y con este pretexto, como «por nueva conquista» asentar y «disponer las leyes (de Cataluña), en la conformidad de las de Castilla», y de esta misma manera irlo ejecutando en los otros reinos.*

P.—¿Se llevó á cabo este plan?

R.—Sí; pero gracias á la heroica defensa de Cataluña, no dió entonces el resultado que se deseaba.

P.—¿Pero al fin lo dió?

R.—Sí; en tiempos de Felipe V: entonces Cataluña sucumbió gloriosamente bajo el peso de Francia y España reunidas.

P.—¿Cuál ha sido desde entonces la suerte de Cataluña?

R.—Le han ido rebajando uno por uno todos sus derechos y libertades, y han arrinconado su lengua quitándole de los tribunales, de las escuelas, de los actos públicos, y obligándonos á usar la castellana.

P.—¿Cómo responde el gobierno á la generosa conducta que siguió Cataluña cuando sobrevinieron calamidades como las guerras de Cuba, Africa, los terremotos de Andalucía, las inundaciones de Murcia y Con-suegra, etc?

R.—Con tratados de comercio que entregan á los extranjeros la industria catalana.

P.—¿Y cómo se portan el gobierno, la prensa y la gente de Castilla cuando alguna calamidad pública aflige á Cataluña?

R.—Nos abandonan á nuestras propias fuerzas.

P.—¿Qué consecuencia se deduce de estos hechos?

R.—Que sólo se acuerdan de que somos españoles para cobrarnos contribuciones, ó quintar á nuestros jóvenes, ó pedirnos dinero, ó que sacrificamos nuestros intereses.

P.—¿Cuál ha sido, pues, la conducta de Castilla con respecto á Cataluña?

R.—La de los pueblos conquistadores con los países conquistados.

P.—¿No confesó un diputado castellano que como país conquistado consideraban á nuestra patria?

R.—Efectivamente, dijo: *Si hemos logrado reducir á Aragón y Cataluña, á esos inmensos dominios de los condes de Barcelona, á un país de fieras que ha sabido conquistar el imperio de Oriente, que ha dominado en las costas y en las islas del Mediterráneo, á ese pueblo que tiene una historia noble y esclarecida, no sé por qué hemos de dejar de reducir á un pueblo que no tiene más historia que la que le ha dado la bandera de Castilla.* (Se refería á los vascos).

P.—¿Qué hemos hecho los catalanes al recibir cada uno de los agravios?

R.—Reclamar justicia, y se nos ha contestado con insultos.

P.—¿Cómo contestó Fernando V á los nobles cuando se le quejaron de que diese todos los cargos á los castellanos?

R.—Diciendo que valía mucho más el corazón grande de los castellanos que el corazón pequeño de la gente aragonesa, y que «el estiercol de Castilla es andar en Aragón.»

P.—¿Qué se decía en la corte de Felipe IV de los catalanes?

R.—Que eran «aborto monstruo de la política», sólo porque eran libres y no esclavos del rey como la gente de Castilla.

P.—Y modernamente, ¿se han reproducido esos insultos?

R.—Siempre que Cataluña pide justicia salen hablando del «egoísmo de los catalanes» los mismos que nos cargan de contribuciones para ir engrosando las filas de su invasora burocracia.

P.—¿Qué otro insulto nos dirigen?

R.—Como las injusticias abundan y constantemente tenemos que pedir reparación, nos motejan con lo de *pide más que un catalán*, que resulta un sarcasmo en boca de los que si no piden es porque se lo quedan.

P.—¿Qué conducta hemos de seguir, pues, los catalanes?

R.—Unirnos todos y exigir con dignidad y energía lo que por derecho nos pertenece.

VI

REIVINDICACIONES DE CATALUÑA

Pregunta.—¿Qué frase célebre resume nuestras aspiraciones y viene á constituir el lema de nuestra bandera?

Respuesta.—¿Cataluña para los catalanes!

P.—¿Qué significa esta frase?

R.—Que á Cataluña la han de gobernar los catalanes, y no como hoy los castellanos ó los políticos á la castellana, como si fuésemos menores de edad ó no nos bastásemos.

P.—¿Cómo debemos poner término á esta imposición afrentosa para nosotros?

R.—Estableciendo que todos los cargos públicos en Cataluña hayan de ser desempeñados por catalanes.

P.—¿Qué más debemos reivindicar?

R.—El derecho indiscutible que tiene Cataluña á constituirse y organizarse con arreglo á sus necesidades y carácter, y á darse á sí misma las leyes de toda clase que más cuadren á su manera de ser.

P.—¿Qué otro derecho se nos ha de reconocer?

R.—El de usar en todos los actos públicos y privados el catalán, como única lengua oficial en Cataluña.

P.—¿Cómo pueden armonizarse estas justísimas reivindicaciones con la unidad política de España?

R.—Mediante la organización regionalista, que consiste en la unión federativa de las antiguas nacionalidades españolas.

P.—¿Qué atribuciones tendría el poder central ó federal en esta organización?

R.—Todas las que se refiriesen á las relaciones de España con los demás Estados, y en general, á intereses que fuesen comunes á todas las regiones españolas, como las del ejército, aduanas, ferrocarriles generales, etcétera.

P.—¿Y el poder nacional catalán?

R.—Todas las demás.

P.—¿Cómo se formarían las Cortes catalanas?

R.—Mediante sufragio universal de los cabezas de familia, por gremios y profesiones, á fin de terminar con el parlamentarismo que entrega el gobierno de los Estados á los habladores de oficio.

P.—¿Cuál sería la base de la administración catalana?

R.—La descentralización ó autonomía administrativa de las comarcas y municipios y la supresión del expedienteo.

P.—¿Cómo contribuiría Cataluña á la formación del ejército español?

R.—Por medio de voluntarios, ó bien entregando una compensación en metálico previamente convenida con el poder federativo, quedando abolidas las quintas.

P.—Y en el sistema de contribuciones ¿en qué principios se fundaría?

R.—En los siguientes: ninguna contribución tendría por base exclusiva la capitalización; ninguna se impondría sobre el consumo de materias de primera necesidad; todas recaerían sobre la renta y los beneficios; y se nivelaría el presupuesto por medio de una contribución progresiva limitada.

P.—¿Qué significa contribución progresiva?

R.—Que el tanto por ciento que ha de pagarse crece á medida que crecen los ingresos de que disfrute el contribuyente.

P.—Y limitada ¿qué significa?

R.—Que el aumento de este tanto por ciento debe detenerse al llegar á un tipo máximo prudentemente fijado.

P.—El establecimiento del sistema regionalista ¿traería consigo perturbación alguna á la industria y comercio de Cataluña?

R.—No, porque el régimen económico sería el mismo para toda España, y en cambio, entonces, además del mercado español, favorecerían por la nueva política, sabrían nuestros productores conquistar nuevos y más importantes mercados.

P.—Pero ¿y si á causa de rebajarles el monopolio del gobierno, rechazaran los pueblos castellanos nuestros productos?

R.—El interés particular es el móvil de las operaciones mercantiles, y por ello todas las tentativas de esta índole motivadas por rivalidades entre pueblos han fracasado siempre.

P.—¿No existen algunos países en los que está establecida una organización semejante á la que acabamos de exponer?

R.—Suiza, Estados Unidos, Alemania, Reino Unido de la Gran Bretaña, Austria Hungría, etcétera.

VII

¿TRIUNFAREMOS?

P.—¿Siendo como somos menos en número los catalanes, es posible que ganemos?

R.—Es seguro; porque no estamos solos para trabajar, y además las corrientes de la época actual nos son favorables.

P.—¿Con qué apoyo puede contar Cataluña?

R.—Con el de Navarra, Vasconia y Galicia, y más tarde, con el de los demás Estados de la antigua Corona aragonesa. Todas estas regiones desean para ellas lo que nosotros queremos para Cataluña.

P.—¿En qué más podemos confiar?

R.—En el desquiciamiento que ya no puede ser mayor, y cuando todo está desquiciado á la fuerza ha de caer.

P.—¿Y qué es lo que substituirá al régimen actual?

R.—El regionalismo, porque todos los demás sistemas de gobierno están desacreditados por los desastrosos resultados que han producido.

P.—¿Es cierto que las corrientes de la época actual nos sean favorables?

R.—Los más eminentes tratadistas de la ciencia política moderna, desde los positivistas más exagerados hasta los más fervientes católicos, combaten los principios de gobierno hoy establecidos, y demuestran con sus nuevas investigaciones la justicia y conveniencia de las doctrinas regionalistas. Por otra parte es notorio el afán de hacer declaraciones regionalistas que se ha apoderado de muchos políticos, á pesar de ser por naturaleza adversarios, ven claro que es la idea del porvenir.

P.—¿Qué otro hecho lo demuestra?

R.—Uno elocuente: en todos los países cuya situación es semejante á la de Cataluña, y en las que no se ha implantado todavía el Regionalismo, van creciendo y extendiéndose cada día más las reivindicaciones nacionalistas, teniendo como ejemplo los movimientos autonomistas de Irlanda, Escocia, el Languedoc y Gascuña, Venecia, Nápoles y Sicilia, Esthonia, Livonia y Finlandia, Bohemia y Polonia.

P.—¿Qué hecho demuestra que las nuevas tendencias de la época son favorables para Cataluña?

R.—El renacimiento que en nuestra patria se ha operado en la industria y en el comercio, y el que va operándose en las Bellas Artes, la literatura, la historia y en todos los demás órdenes de la actividad humana.

P.—¿Qué renacimiento coronará y ensalzará á todos los demás renamientos de Cataluña?

R.—El renacimiento político que, devolviéndole la autonomía, haciéndola de nuevo señora de sus actos, producirá la regeneración completa de su vida política y administrativa.

APÉNDICE

Los que quieran ampliar las ideas anteriormente expuestas, pueden acudir, entre otras, á las fuentes siguientes:

«Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña, presentada á S. M. el Rey D. Alfonso XII en 1885.»

«Missatge á la Reyna Regente en 1888.»

«Historia de Catalunya,» per Antoni Anlèsia y Pijoán.

«Lo Catalanisme,» per Valentí Almirall.

«La tradició catalana,» per Joseph Torras y Bages.

«Deliberaciones de la Assamblea de Manresa de 1891.»
«Los fueros de Cataluña,» per J. Coroleu y J. Pella.
«Amigüedad del Regionalismo español,» per F. Romani y Puigdemengolas.

Discursos de Angel Guimerá en los Jochs Florals de 1889.
Discursos de Ramón Picó y Campamar en los Jochs Florals de 1891.
Discursos presidenciales de la «Lliga de Catalunya.»
Discursos de Joan J. Permanyer en los Jochs Florals de 1891.

El autor de lo copiado es D. Enrique Prat de la Riba, alma del catalanismo, inspirador de Cambó, exsecretario de la Asamblea que proclamó las Bases de Manresa de 1892 y en la actualidad Presidente de la Diputación Provincial de Barcelona.

Recientemente ha aceptado la Gran Cruz de Isabel la Católica, cuyo lema es:
A LA LEALTAD ACRIOLADA.

SI SE ARREPINTIERAN...

Después de leer esa serie de insultos contra España, esa declaración clara de separatismo, en lo primero que pienso es en los republicanos que se unieron a los hombres que en todo ó en parte comulgan en esas ideas. Y me pregunto:

¿Lo hicieron á sabiendas de que por ese camino se va á la mutilación de España? Pues han traicionado al partido, que es español ante todo.

¿Lo hicieron en la esperanza de atraerse á los elementos reaccionarios, ó de imponerles la democracia? Pues son tontos de la cabeza á los pies. Los clericales no pueden ser más que absolutistas.

Con que á elegir. O tontos, ó traidores. Y en cualquiera de ambos casos, dignos de que no se les tome en cuenta para nada, á menos que no entonsen humildemente el «yo pecador», y se resignaran á sufrir la penitencia que les impusieramos, y que, si en mi mano estuviese el fijarla, consistiría en mantenerlos media docena de años apartados de toda representación ó cargo popular, ya que muchos de ellos entraron en la Solidaridad con el único propósito de ostentar alguna ó alcanzar alguno.

Supongo que no les extrañará esta proposición á los que, en su trato íntimo con los clericales, habrán aprendido que todo pecado puede borrarse por la penitencia.

Se me dirá que esto sería obligarlos á que se quedasen donde están. Tal vez. Pero sería cometer una torpeza nueva. Si los han despreciado los clericales cuando los necesitaban, ¿qué no harían con ellos cuando ya no les fueran necesarios?

A nosotros, la verdad, no nos hacen mucha falta; abundan por desgracia las gentes que sólo piensan en sí mismas; pero, en fin, nunca perjudican la generosidad y el perdón en política.

Todo lo dicho anteriormente se refiere sólo á los que han extraído de la Solidaridad algún provecho; para los que han entrado en ella de buena fe están constantemente abiertos nuestros brazos.

No somos vengativos; somos sencillamente previsores.

¡HOMBRES! ¡HOMBRES!

Siempre sostuve que sin hombres á propósito para exponerla, defenderla é imponerla, la idea mejor sirve para bien poco.

Lo ocurrido ahora en el Senado al discutirse la Solidaridad lo demuestra. Varias veces, lo mismo que en el Congreso, se había allí hablado de ella y se la había combatido. La Solidaridad continuaba, sin embargo, siendo para éstos un enigma, para aquéllos un peligro.

Pero habla Sol y Ortega, y la sombra se aclara, la ficción desaparece; y hoy toda España sabe que la Solidaridad es sólo la máscara del Separatismo.

Al felicitar á Sol y Ortega por su triunfo en las últimas elecciones de Barcelona, dije que la minoría republicana se duplicaba con su entrada en el Congreso.

Hoy lo repito.

¡ASÍ! ¡ASÍ!...

Soriano y Nougués han dado en el Congreso una nota viril acusando á los manguoneadores de la Sociedad Vasco-Castellana, de manejos reprobables que caen dentro del Código penal. El general Polavieja, for- del parte de la Sociedad esa.

Requerido el ministro de la Guerra en el

Congreso para que lo defendiera, contestó que el asunto que se ventilaba era completamente extraño á la milicia.

El Ejército Español, después de ensalzar el prestigio del general Polavieja y decir que sin duda se asoció á la idea de construir el ferrocarril Vasco-Castellano creyéndolo obra beneficiosa para España, añade que puede también haber sido engañado por los que, escudados en su nombre y acorazados con su honradez, persiguieran fines de mero que entran en los límites del Código penal y acaba así el artículo:

«Sin embargo, se está dando el caso de que se personaliza con demasiada frecuencia la discusión parlamentaria de este asunto, y con ello se arrojan sombras sobre el general Polavieja.

Trátase de un hombre que ocupa la más elevada jerarquía militar, de un soldado por excelencia, y como en la colectividad armada las glorias de uno lo son de ella, y las sombras de uno á todos alcanzan, el Ejército, que está íntimamente convencido de la honradez de aquél, lamenta y siente que no haga uso de su cargo de senador para aplastar documentalmente, con pruebas irrefutables, á sus acusadores.

Un general, lo mismo que cualquiera que vista el uniforme, no puede ni debe tolerar por un solo momento, que haya un solo individuo que públicamente dude de su honor. Bien está que se substancien los asuntos ante los Tribunales, pero al militar no debe bastarle la sanción de éstos, ni las esperas durante la tramitación larga de tales procesos.

Un proceso de una Sociedad tiene que ser largo, enojoso, durar años enteros, y un general, precisamente el general sobre quien pesa el elevado cargo de administrar justicia en última instancia, y muchas veces en única, inapelablemente, no debe estar en entredicho, tiene que resplandecer con aureola blanca como la nieve.

Es lo que anhela la opinión militar, lo que anhela, nos atrevemos á decir, casi toda la opinión, lo que anhelamos nosotros. Que habie claramente el general Polavieja en el Senado, que se sincere de esos cargos, que haga iluminarse su figura como lo ha estado siempre, como es digno de que lo siga estando, con la luz pura de un espíritu recto, de una conciencia íntegra, de una honradez intachable.

No prejuzgo la cuestión, mas sí digo:

Si todos los republicanos hubieran cumplido siempre con el deber elemental de echarle en cara á los monárquicos los negocios sucios en que se han metido, la restauración no existiría hace ya muchos años; tantos han sido. Pero sólo se han cuidado, en su mayoría, de venir al Congreso á aparentar que hacían, para que el partido no les exigiera el cumplimiento de deberes más altos.

Por esto merece elogios todo el que rompa la monotonía de oposición tranquila, reposada y convenida que, por lo general, han hecho los representantes de la opinión republicana.

NO ME LO EXPLICO

Si yo hubiera hecho lo que el joven diputado Salvatella, oponerme á la admisión de Azzati en el Congreso porque se había retrasado en llenar un trámite legal al nacionalizarse en España, estaría avergonzado de mí mismo.

Sin que al decir esto suponga yo, ni mucho menos pretenda que lo esté, el diputado solidario de Prat de la Riba y de los carlistas.

Cada uno obra como piensa, ó como le conviene, como cada uno tiene sobre el honor y el deber ideas que pueden pugnar con las generales y corrientes.

Y quién sabe si no seré yo el equivocado al extrañarme de lo que él ha hecho. ¿Resultado á lo mejor tan anticuado en el sentir y en el obrar!

LA COBARDÍA

Lo que ha desacreditado, anulado y matado á la Solidaridad, es eso; la cobardía.

Si llegan sus diputados al Congreso, y valientemente plantean el problema del separatismo, y combaten la ley de jurisdicciones, y dicen todo lo que en su prensa apuntan y en sus reuniones proclaman, hubieran caído sobre ellos los anatemas de toda España; pero habrían quedado como convencidos, como sinceros, como hombres.

En lugar de eso, no han hecho nada enérgico, viril, para combatir esa ley; no han tenido el valor de declarar que son separatistas, y se han disculpado cobardemente, mezquinamente, miserablemente, cuando de separatistas se les ha tachado; y algunos, como ese Prat de la Riba, el San Pablo del separatismo, ha aceptado la gran cruz de Isabel la Católica, fundada para premiar la lealtad acrisolada. Si Maura se la hubiera

concedido intencionadamente, merecería un aplauso interminable.

Por eso hoy se ven despreciados por España, discutidos por los que en ellos confiaron, y convictos, sino confesos, de faltos de energía para defender lo que piensan, y de hipócritas que ocultan sus intenciones, y de cobardes que no se atreven á afrontar riesgo alguno cuando de defender sus ideales se trata.

Mueren como deben morir, y serán enterrados donde merecen; pues antiguo es el dicho de que al que muere de miedo lo entierran en mierda.

EL XICH DE LA BARRAQUETA

Ha muerto este glorioso ejemplar (creo que el último que quedaba) de aquellos hombres que en primera línea se distinguieron en la defensa de la República y en el odio al carlismo.

Me inclino respetuosamente ante su cadáver, y guardaré constantemente á su memoria la admiración que reservo para todo hombre que puso reposo, fortuna ó vida al servicio de un ideal progresivo.

Felicitación

Querido amigo Rafael Ureña:

No me ocupo de los que entran en las Academias, porque muy pocos llegan por sus méritos, sino por los del compadrazgo ó la política.

Pero por tratarse de usted hago esta excepción, para decir que merece, no sólo entrar, como ha entrado, en la de la Historia, sino en todas, por lo mucho que sabe, vale y trabaja.

Y en este elogio no toma parte alguna mi amistad hacia usted ni el orgullo de que sea correligionario mío, sino la verdad y la justicia.

MEDIO SIGLO

En el año 1855 la mortalidad media en Madrid era de 35 por 1.000; en el año 1908 fué de 29, es decir, que reduciendo á 100 la mortalidad media, han muerto:

En 1855.....	109
En 1908.....	91
Diferencia.....	18

Pero, fíjese el lector. En 1855 Madrid estaba encerrado dentro de las viejas paredes; no corrían aun las aguas del Lozoya; calles del riñón de la villa carecían de alcantarillado; no abundaban las vías de comunicación amplias ni las calles y plazas con arbolado; las vías públicas y aun ciertos portales eran natural recipiente de infinitas inmundicias; la higiene privada y la pública eran rudimentarias; cada habitante de la villa podía disponer de la quinta parte de superficie que hoy...

Si los agentes de salud se llamasen sólo *agua y a-re*—según felicísima expresión del actual ministro de Hacienda—Madrid debería haber visto su mortalidad reducida por lo menos en un 45 por 100. Es decir, suponiendo 100 la mortalidad, tendríamos:

En 1855.....	109
En 1908.....	64

Pero hay otro agente que se llama *alimentación*—según frase del mismo Sr. Besada,—y este factor, encareciendo la vida, ha atenuado lo que se ganó con las enormes é indiscutibles mejoras locales.

El viejo *Boletín Oficial* y el actual *Municipal* nos dan las listas de precios de los artículos de consumo en una y otra época. Tomando los datos de la tercer semana de Octubre, tenemos el siguiente cuadro, sumamente instructivo y decisivo:

	Precios en 1855 Pesetas	Precios en 1908 Pesetas
Vaca, kg.....	0,90	2,10
Carnero, id.....	1,00	2,10
Tocino id.....	1,50	2,40
Pan, id.....	0,29	0,50
Garbanzos, id.....	0,65	1,30
Arroz, id.....	0,75	0,90
Judías, id.....	0,50	0,70
Patatas, id.....	0,09	0,19
Carbón, id.....	0,10	0,18
Aceite, litro.....	0,90	1,60
Vino, id.....	0,25	0,25

TOTALES..... 6,93 12,22

Y sin contar con que la habitación costaba quizá la mitad que hoy, resulta un encarecimiento de las subsistencias de un 76 por 100.

Y en el mismo tiempo el jornal medio ha

subido desde 2,80 pesetas á 3,50, ó sea sólo un 20 por 100.

De donde resulta—repito—que la habitación cuesta hoy el doble que en 1855 y que las condiciones de la vida de las clases trabajadoras se han empeorado en un 56 por 100.

Esto que llaman civilización—no sé por qué—es una gran cosa; pero convengamos en que sus beneficios andan lejos de las clases obreras.

J. J. MORATO

Lo que representa el fraile

Por lo que llevamos aquí apuntado, algo ha podido saber quien me haya leído sobre lo que puede juzgarse de los frailes y las monjas. Resumamos ya, que estos artículos van á concluir, porque nos esperan los jesuitas, quinta esencia y congerie de todas las artes monásticas.

¿Qué es, en suma, y qué representa el fraile en el catolicismo? Una sola palabra lo sintetiza; es y representa el exceso de religión; la religión llenando todos los sentimientos, tendencias, facultades y operaciones del hombre. Un imposible, un absurdo, porque el hombre es complejo, y así como se haría peligroso alimentar su estómago con un sólo manjar, aun el más exquisito y sano, así, no dándole á su espíritu más que un sólo pasto, se le deprime y degrada.

A lo más la religión puede tomarse, y es mucho, por una de tantas necesidades del hombre á medio civilizar; por la única y que to lo ella lo embargue, tanto valdría no interesar su espíritu, ni en el amor, ni en la amistad, ni en la patria, ni en la naturaleza, ni en sus semejantes, ni en los bienes de la vida; hacérselo despreciar todo y aun aborrecerlo para que sólo pensara, sintiera, ansiara y viviera para la geometría, exclusivamente ella, ó la aritmética, ó la física.

Esto pretende hacer el fraile con el hombre, y fíjese que lo realiza en su casa: una barrachera continua de religión. Por este concepto, el fraile es el más grande perturbador de la tierra; el castrador de energías, que estropea talentos, extravía corazones, mata iniciativas, deforma, deprime, atrofia al individuo, envenena el ambiente de las sociedades, perturba las familias, trastorna y atrasa las naciones.

Y esa misma acción perturbadora ha llevado á la Iglesia más que á otra parte. Sin el fraile el cristianismo hubiese desarrollado bajo la mano de un sólo sacerdocio unido y compacto, conviviente con la sociedad laica. Su religión habra tenido así más de escuela filosófica y moral que de arteificio dogmático y litúrgico; no se hubiera entronizado tanto en ella el fariseísmo, ni el odio á la patria, ¿qué digo?, al planeta mismo; ni se hubieran dado tantas divisiones y escuelas teológicas y tantas imposturas. La Inquisición no hubiera sido posible con solo el clero secular, y sin el fraile, ni el papado llegara á la inmensa y retrogradante potencia que alcanzó, para desdicha de la civilización humana y de la Iglesia misma.

Por el fraile se desvió el cristianismo desde sus albores del camino que parecían haberle trazado Cristo y sus discípulos, en los que no se ve un atisbo siquiera de espíritu monacal.

Pero vino el monje del desierto con su religión exaltada y excesiva, ascetismo humano é intratable que, puesto de moda, pronto emponzoñó toda la atmósfera cristiana; y como ningún exceso es durable, y el de religión menos, fueles necesario á los monjes, cuando vieron que no podían mantenerlo, fingirlo, y para ello recurrir á las mixtificaciones del milagro, á las teorías más peregrinas y á los inventos efectistas sorprendentes.

El fruto fué la división del sacerdocio en dos grandes ramas enemigas: la monástica ó conventuada, que aparentaba despreciar al mundo, en medio del cual vivía fuera de la familia, maldiciéndolo todo, pero aprovechándose de todo, y el sacerdocio secular que había sido, que por derecho era el verdadero del cristianismo, que por vivir en familia pronto llegó á ser tenido y aún á creerse él mismo menos perfecto que el otro.

Del espíritu monástico le viene al cristianismo el odio al amor, al matrimonio, á la carne, á la Naturaleza, á la vida, al Estado, á la familia y á la libertad. De él también los ritos complicados, las supersticiones, el espíritu de guerra religiosa y de persecución intolerante, la milagrería, el fraude piadoso y el fanatismo.

Sin su acción mortífera, el cristianismo tal vez se habría consolidado sobre el mundo en muy distinta forma, avanzando unido su sacerdocio sobre la tierra en tinieblas, que aún tendrían dominada por el sentimiento y la fe, una fe sencilla, en cierto modo infantil é inofensiva. Pero el fraile ha despertado con sus demasías adustas las odiosidades de los hombres al mismo tiempo que dividiendo el cuerpo sacerdotal y subdividiendo también el monástico mismo, en continua guerra intestina por el oro y por la mujer, esterilizó no pocas ni despreciables fuerzas cristianas y acabó por dejar esa religión de tal modo, que no la conocerían sus fundadores. ¿Por lo que el fraile la hizo progresar? No, por lo que la deformó; que no es lo mismo cambiar, que ir adelante.

La división es su obra característica después del exceso de religión conque todo lo desequilibra el fraile.

Se ve su prurito egoísta de dividir, hasta en los más pequeños detalles. Entrad, por ejemplo, en una iglesia de franciscanos. Por todas partes veréis sólo a San Francisco y a sus secuaces, hombres y mujeres. ¿Los cuadros? Son pasajes de la vida del santo fundador. Las imágenes de los altares son de santos franciscanos; el cordón es el adorno de todo; el escudo de la Orden se ve donde quiera.

Mirad a la altura del cimborrio del templo. Allí es costumbre pintar la gloria: preside la Trinidad, debajo está la Virgen y en más inferior grado San Pedro, los apóstoles, los mártires, los obispos. En una iglesia franciscana el cielo es otro. Inmediatamente bajo la Trinidad, la Concepción, idea franciscana, y ante ellas San Francisco en actitud de ofrecer a Dios una inmensa turba, por él capitaneada, de santos y santas, todos franciscanos, todos vestidos con el mismo hábito de estameña; ¡en el cielo!

Cambiamos de iglesia y cambiaremos de hábito en la gloria, en los altares y en los cuadros. La vida del fundador, las efigies de los santos de la Orden, la correa o el ceñidor que usen, la gloria con el fundador al frente de la consabida turba de machos y hembras celiólicas.

O lo que es lo mismo; no hay nada fuera de mi Orden, ella lo ocupa todo, lo es todo, lo vale todo, cielo, tierra, templos, vida. Es toda una iglesia distinta dentro de la Iglesia oficial, que procura absorber, dirigir, moldear por su patrón, el único, el mejor, el insuperable.

Naturalmente, lo mismo que se instituyó una Orden, puede formarse otra nueva; el Papa lo consiente, ¿y qué? a de ser ella sino un rival de las otras? Otro cantón que pretende ser otra Iglesia dentro de la romana, con sus ritos, sus hábitos, sus reglas, sus ideas, todo especial y distinto; sus santas, su gloria, sus escuelas.

En la contienda de estas gentes, unas contra otras, por fuerza ha de intervenir el papado; todas entonces se le ponen de frente sin dejar de pelearse entre sí; inclínese el Papa a la que quiera, ni ella dejará de ser su enemiga, ni las otras de atacarle; porque deseando cada cual absorber o acaparar el sumo pontificado, y el catálogo de los santos que la Santa Sede no puede entregarles, ni tampoco ella entregarseles, la hostilidad de todas contra el clero secular se hace, como es, inevitable.

Dentro de una misma Orden surge siempre la división. El fundador fué, lo es siempre, un iluso que creyó posible una humanidad entera como él; encontró cuatro idiotas que le siguieron y con ellos emprendió una vida imposible. Pero muere, la austeridad aquella se relaja, la obra se deforma y así continúa hasta que de ella misma sale otro majadero loco de ascetismo, que viendo la relajación se cree llamado por Dios a una reforma, ó sease vuelta a la primitiva observancia, que al cabo funda como puede, y ya tenemos otra subespecie: los franciscanos reformados, enemigos rabiosos de los que se quedaron sin reformar. El Papa no puede menos de aprobar a unos y a otros; allá se maten ellos luego. De ahí los descalzos y los calzados; los de la «primitiva observancia», y los de la regla ancha etc.

Calcule quien pueda a lo que se presta dentro de una institución ese cantonalismo anárquico, animado de un espíritu corporativo feroz é insaciable, viviendo del odio, del egoísmo y de la envidia, y propenso constantemente a la división y a la guerra. Mesnadas que por el interés de hoy se unen al papado, ó éste las llama en su auxilio y mañana se le revuelven sañudas; impedimenta molestísima, embarazosa, chinchorrera é exigente, que va echando regueros de pólvora por donde pasa, y peligro constante de excoiciones sin cuento con los privilegios que arranca a la Iglesia misma a quien hostiliza.

Caro pagó la Iglesia el dejarse engañar de los frailes. Hoy ellos son el único sosten del Pontificado; pero al mismo tiempo, dada su indole, son los roedores de la navecilla de San Pedro, que no pararán hasta que le hagan el boquete por donde entren las aguas que han de anegarla en el día y la hora que tiene determinado el destino.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Mañana invierniza

Plomizos nubarrones se divisaban en el horizonte presagando grandes chaparrones, que anegarían las tierras castellanas faltas de humedad desde el principio del estío, y por las cumbres de las colinas vecinas aparecía mortecina la luz del sol poco madrugador que con sus veladores rayos hacía su aparición al nuevo día frío y triston.

Dejaban su vuelo bandadas de negros pájaros y posábanse en heredades recién sembradas, marcando en ellas las funestas señales de su paso; densa niebla bajaba cerca del suelo, y los árboles, desprovistos de su verde vestidura, arrojada a sus pies convertida en alfombra de hojas secas, mostrábanse al desnudo sin otro ropaje que su endurecida corteza.

Las ocho de la mañana sonaron en el reloj de la torre de un antiguo convento de monjes; el sonido tardío y descompasado de la

campana retumbó en los estrechos callejones de la villa, alejándose poco a poco su eco hasta desvanecerse en lo infinito.

Solitarios estaban los andenes de la estación del ferrocarril. Bajo el colosal armazón de hierro que forma la achatada marquesina parado estaba el tren; los viajeros ocultaban sus rostros detrás de los cristales resguardándose así de las caricias del helado eierzo.

Tropel de hombres, mujeres y niños (estos en mayoría) salían de las salas de descanso, y por asalto tomaban los coches de tercera seguidos de una impedimenta de sacos, alforjas y cestas; estos desventurados abandonaban el suelo patrio é iban en dirección de lejanas tierras, buscando lo que en la suya les negaban, trabajo que no encontraban, y por lo tanto, la falta de un puñado de céntimos con que comprar pan para sus hijos.

Aquí quedaban muchísimas obradas de terreno inculco, y otras imposibles de cultivar á causa del sinnúmero de gabelas y tributos que el labrador tiene que pagar al Estado; y ellos, rudos obreros del campo, con la amargura en el corazón y las lágrimas corriendo por sus arrugadas mejillas, miraban por última vez al rincón que les vio nacer.

Al ponerse en marcha el convoy maldecían de sus semejantes que se quejan de la falta de brazos que se dedican a la Agricultura, y consistenten con su apatía que el obrero se muera de hambre en un país donde tanto abunda el trigo y que la emigración vaya en aumento hasta el extremo de quedar deshabitados nuestros pueblos castellanos...

Paulatinamente se iba disipando la niebla y los rayos solares resurgían refulgentes, dejando al descubierto el azul del horizonte.

A. DARETAS

Medina.

APRENDAMOS

El general Nodgi, el héroe del sitio de Port Arthur, plaza que se tenía por inexpugnable y que se rindió después de los inteligentes y tenaces esfuerzos de aquel caudillo, ha sido agraciado por el gobierno del Japón con la más alta recompensa que los gobernantes japoneses conciben:

Ha sido nombrado maestro de Escuela. Mr. Lowdon, ministro que ha sido de Holanda en Tokio, refiere la impresión que le causó el ver en clase al general invicto:

«Le encontré rodeado de niños, el mayor de los cuales no tenía diez años. La lección de Historia acababa de terminar, y el general presidía la lección de esgrima que se daban mutuamente los niños, bajo la dirección de un pasante al que hacía Nodgi indicaciones, tomando él mismo posturas apropiadas y haciendo los movimientos que habían de repetir los alumnos.»

¿No es sublime esto? Un pueblo educado por héroes, y que tiene por más grande la obra del maestro que la del guerrero más eminente, es un pueblo capaz de alcanzar todas las glorias y llegar a todas las grandezas imaginables.

¡Hermosa lección le ha dado al mundo el pueblo japonés, y particularmente a España! De seguro que no le cabe en la cabeza a Rodríguez San Pedro.

Receta eficaz

Cierto ministro, á quien preocupaban y molestaban mucho los innumerables frailes que había entonces en España, indicó un día al rey que había encontrado el medio de recuperar Gibraltar.

El soberano, á quien, como es natural, el proyecto halagaba mucho, quiso saber cuál era el medio ideado por el ministro.

—Uno muy sencillo, señor.—Mande V. M. que todas las comunidades religiosas de España se reúnan en el campo de Gibraltar, con lo cual tendremos allí más de 80.000 frailes. Una vez reunidos, se les da orden de que avancen hacia la plaza y la embistan hasta apoderarse de ella.

—Pero, hombre—¿no ves que al primer disparo de las baterías los barrerán á todos? —Siempre habremos salido ganando—replicó el ministro.

Como la idea no se realizó, á pesar de lo excelente que era, la reproduciré por sí Melquiades quiere aprovecharla cuando sea ministro.

Y se acreditará de gran estadista.

El Dios-cura

Si existiese el Dios personal, antropomorfo, creado por los hombres «á su imagen y semejanza», bien al contrario de lo que la Biblia cuenta que hizo Jehová, si existiese ese Dios, ¡cuánto se divertiría y se reiría al ver lo que de él hacen y siempre han hecho las religiosas positivas, fingiéndolo y pintándolo cada una á su gusto!

Júpiter, el padre de los dioses paganos, fué representado en forma de atlético guerrero, tal y como los guerreros «vestían» en

aquellos tiempos remotos y con un haz de rayos en la mano.

El Jehová del mosaísmo es un anciano de nivea y luenga barba, cuya existencia y representación pasó luego al cristianismo, con el aditamento, en esta última religión, de esas otras dos figuras que con aquella forman la trinidad, es á saber, el Hijo y el Espíritu Santo. La forma representativa de éstos dos últimos, es bien conocida: un varón, en plena virilidad, con una cruz sostenida entre el brazo derecho, la del primero; una blanca paloma, con las alas extendidas, la del segundo.

El catolicismo, conservando estas últimas formas, ha venido á dar á sus adeptos, aun sin darle representación plástica, un nuevo «tipo» de la divinidad; ha creado el Dios-cura.

Preguntad á los fieles de la iglesia católica romana por la idea que tienen de Dios, preguntad á la multitud de ignorados beatos y beatas que frecuentan los templos y no pierden ceremonia ni rito litúrgico, desde la simple misa rezada hasta las cuarenta horas y el rosario, y veréis, si veis algo entre las nebulosidades de aquellos cerebros rebajados y entre la rutinaria y mal aprendida palabrería que pronuncian, que no pueden prescindir de fingirse y figurarse á Dios como el primero de los sacerdotes de su culto y de sus creencias, algo así como un Sumo Pontífice, superior, es claro, al que con ese nombre le representa acá en la tierra. El cielo, para ellos, vendrá á ser un inmenso templo, gótico ó románico, donde los bienaventurados estén eternamente adorando la Cruz, y acaso oyendo una misa interminable, en que Dios, el Dios-Padre, será el celebrante y los ángeles ó los santos más privilegiados, por turno, los acólitos. ¡Y qué vísperas, y qué completas, y qué Tedeums, á canto gregoriano y polifónico, se entonarán allí!...

¿Acaso no ha hecho esa misma Iglesia creer á los suyos que la misma Madre de Dios en jersu vino á la tierra á regalar á un fraile una recamada casulla y á inspirar á otro la devoción del rosario? ¿No prueba esto que la misma Iglesia ha infundido la idea de que allá en las regiones celestiales son objeto de gran predilección y de singular aprecio los adminículos del culto intraterrestre? Ciertamente no habrá católico que no lo entienda así, que así no lo estime.

Entre la iglesia y la divinidad, entre la iglesia y el anhelado cielo de los «fieles creyentes», hay y tiene que haber una íntima y directa relación de semejanza, siendo este último como una magna y gloriosa ampliación de aquélla, pero, en el fondo, la misma cosa.

Aquí, pues, el sacerdote, representación de la divinidad; allá, en escala, ó escalafón, si queréis, ascendente, pasando por las categorías episcopales, archiepiscopales, cardenales, y, por último, por la categoría Papal... el Dios-cura.

Hagamos ahora un *ritornello*. Si existiese el Dios personal, antropomorfo, creado por los hombres «á su imagen y semejanza»... ¿cómo se divertiría con todas estas cosas!

SIXTO PÉREZ

José Muñiz ha sostenido desde las columnas de *La Democracia* una polémica con los curas de León, que le han contestado en *El Diario*, á propósito de lo ocurrido en el entierro civil de D. Primitivo Alvarez, vecino de Villamañán.

Para hacer más propaganda del artículo que publicó el día 25 de Enero bajo el título *Párroco desahogado*, lo tiró el 26 en hoja aparte, acudió el Gobernador civil para que autorizase su circulación, y éste se la negó, á pesar de haber llenado cuantos requisitos marca la ley de imprenta.

Suplico al obispo de la diócesis que conceda á ese gobernador cien días de indulgencia. No merece menos la autoridad que falta á su deber por complacer á los clericales.

RESPUESTA

José Chueca, anarquista, publica un artículo en *Tierra y Libertad*, pidiéndome que suprima de los lemas de EL MOTIN el de: *Antes que el carlismo, la anarquía*.

«Hace una treintena de años, dice, cuando Nakens escribió esa frase, aun podía pasar como cierta, como lógica, pues la generalidad creía que Anarquía significaba el odio, el desorden, el crimen, el caos... ¡El caos!... ¿Era eso lo que Nakens quiso expresar? Pues póngalo claro. Escriba: Antes que el carlismo el caos... ó los terremotos de Messina.

Mas, afortunadamente, en los presentes tiempos, todo el mundo, todo el mundo algo culto, sabe que Anarquía significa libertad, igualdad, justicia, paz y otras cosas por el estilo, de las que tanto abusan los desahogados embaucadores del pueblo trabajador y tonto.»

Vamos por partes.

La palabra *anarquía* significaba cuando yo escribí ese lema, como significa hoy, todo eso que Chueca dice.

Si después se ha aplicado románticamente ese nombre al *Paraíso del porvenir*, yo sigo ateniéndome al significado que esa palabra tiene, máxime no creyendo en ninguna clase de paraísos; ni en el terrenal, ni en el de Mahoma, ni en el católico, ni en el anarquista.

Por esta razón no puedo complacer á quien me pide que suprima el lema; pero le agradezco la relativa consideración con que me ha tratado en su artículo, separándose de la costumbre seguida por los de su clase al contender con los burgueses.

Porque yo, pese á mis doce ó catorce horas diarias de trabajo, hoy lo mismo que ayer, y á que me he dedicado siempre á pedir justicia para todas las víctimas de la injusticia social, no soy para los compañeros que trabajan menos horas y piensan constantemente en lo que les interesa, más que un odioso y despreciable burgués, digno de ser eliminado por los que creen que la anarquía es libertad, igualdad, justicia, paz y otras cosas por el estilo.

LA INQUISICIÓN EN VALLADOLID

Los neos se ven despectivamente, y los liberales del día también, cuando la media docena de anticlericales convencidos que manejamos la pluma en España decimos que la Iglesia pone todo su empeño en restaurar la Inquisición con todas sus consecuencias.

Los que así se conducen es porque no conocen el mundo eclesiástico más que de telón afuera. Lo que la Iglesia instituye una vez no lo destruye jamás, aunque la maten. Lo más que hace es ceder á las circunstancias de los tiempos y á la fuerza mayor, dejando siempre en pie sus doctrinas, máximas, leyes y táctica, que aplica como puede ó la dejan, con disimulo ó con descaro, oculta ó claramente, callando mientras la oprimen el gacete, pero chillando desahogadamente apenas se afloja la mano que la oprime.

Por eso en sus leyes están siempre los mismos artículos y en sus cátedras y libros enseña las mismas teorías que hace diez siglos, cuando era señora y árbitra del mundo.

La Humanidad habrá progresado, la ciencia habrá realizado conquistas maravillosas, la inteligencia habrá roto todas las trabas que se quiera, pero la Iglesia sigue estacionada en pleno siglo XIII, insensible al vuelo de los tiempos é inconsciente ante el progreso de las cosas. Ella sostiene y sostendrá mientras aliente la supremacía sobre el poder civil, su señoría sobre el Estado, su reinado sobre toda la tierra, el derecho exclusivo de su culto, la infabilidad de los papas, el poder temporal, el ser la única pauta de moral, el magisterio divino de los obispos, la obligación de los diezmos, la exención de sus fueros, la incompatibilidad de los tribunales laicos para juzgarla, el ser único juez en las causas de fe y la facultad para imponer penas temporales, incluso la muerte, á los reos que ella señale, debiendo el Estado prestarle la ayuda de la fuerza armada. Ni siquiera reconoce el derecho de prescripción contra sus créditos, como ahora están diciéndolo todos los obispos.

Por eso de vez en cuando suele dar un zar-pazo, como diciendo á las gentes: «¡Eh, señores, que estoy yo aquí; que soy la misma de siempre; no hago más porque no puedo, pero si pudiera!...» Y aquí viene el caso de Valladolid.

Un beneficiado de aquella catedral entabló tratos con una mujer, se la llevó á su casa, la hizo su *coina*, como dicen los cultiparlistas, y vivió con ella maritalmente, como suelen hacer el 99 por 100 de los curas. Pero no contó con el arzobispo señor Cos y Macho, que es un señor que por las mañanas se embadurna el rostro de polvos y colorete y se dedica á bordar sillas de rejilla en cañamazo, como es público y notorio en todas las diócesis que ha regido, y, claro está, no puede ver á las mujeres ni en pintura y detesta á los clérigos aficionados á ellas.

Enseguida instruyó al beneficiado expediente canónico y le retiró las licencias, aplicándole las censuras que la Iglesia tiene para los clérigos amancebados. Como obispo estuvo en su derecho al hacerlo y no le censuro yo por ello, aunque ningún obispo se mete ya en tales honduras, pues si lo hicieran apenas habría cura que no estuviera excomulgado; pero como aquel arzobispo es soberbio é ignorante como un adoquín, no se paró aquí, sino que acudió á las autoridades civiles, ó sea al *brazo secular*, resucitando las añejas y ya abolidas prácticas inquisitoriales, y solicitó la prisión del cura.

Esto, con ser ya mucho, no lo es todo; lo peor fué que el arzobispo encontró en Valladolid autoridades tan ineptas, indignas é inconscientes de sus atribuciones que accedieron á lo que se les pedía, y el cura fué arbitraria, caprichosa é immoralmente detenido.

Porque el que un cura viva amancebado con una mujer podrá ser para la Iglesia un pecado enorme, un delito abominable, un escándalo espantoso; pero para el Estado, para la sociedad civil, esto no es delito ninguno, ni siquiera una leve falta. Y si no es fatal

ni delito alguno, ¿en qué se apoyaron las autoridades vallesolitanas para dar gusto al arzobispo misógino, al de los polvos y el colorette? ¿Es que creyeron que todavía reinaba en España Carlos II ó que el Santo Oficio está vivo y latente ante nosotros?

Si los curas pecan y faltan y traspasan los cánones, allá se las entienda la Iglesia con ellos y que los suma en el hambre y en la deshonra ó les eche encima más excomuniones que arenas lleva el mar; pero el Estado no tiene por qué inmiscuirse en esos asuntos, que en nada le interesan ni afectan.

El clamoreo que se ha levantado en España con la prisión del clérigo beneficiado de Valladolid ha sido enorme. Contra este desafortunado bochornoso tronó en el Congreso Melquiades Alvarez. El ministro de Gracia y Justicia trató de cohonestar esta enormidad diciendo que el cura sólo estuvo detenido tres días. ¡Como si fuesen tres minutos! El abuso es el mismo, y si aquí hubiera en el jefe del Gobierno algo de lo mucho que le falta, el arzobispo ese sería agriamente reprendido y las autoridades que se prestaron á la mojiganga de *brazo secular* destituidas en seguida.

Hasta aquí podían llegar las cosas: las cárceles del Estado para castigo de los clérigos reos de delitos canónicos. De aquí al auto de fe y á la hoguera no habría más que un paso. ¡Y aún dicen por ahí los gansos de bonete y gorro frío que en España no existe problema clerical!

FRAY GERUNDIO

ANDANDO POR MADRID

¿En que parará el pleito entre inquilinos y caseros? En agua... de cerrajas.

Hace años que se inició la idea: hace años que es de necesidad una vigorosa asociación de inquilinos (ó vecinos); se han escrito artículos, pronunciado discursos, y la indiferencia ó la apatía han dejado estériles esos esfuerzos.

Pero he aquí que surge la idea del contador individual y vienen protestas, reuniones, acuerdos, etc. Se pronuncia la frase: «Que nos quitan el caño libre!», y como hace 100 años al oír: «Que nos roban al príncipe!» surgió el dos de Mayo, surge ahora la asociación.

No vamos á discutir si sería mejor ó peor el contador individual, como no discutimos tampoco si fué bueno ó malo que en 1808 no nos hubieran robado al príncipe y toda su familia. Hay un hecho concreto, que es el resurgimiento de una energía, la protesta contra un abuso, y allá va El Motín.

El motín es precursor de la revolución, del progreso. Antiguamente se producía á tiros; hoy á discursos. Antiguamente se sacrificaban vidas por la idea; hoy sólo se discuten pesetas. El corazón descendió al estómago. Lo que fué ayer desprecio de la vida, es hoy apego á ella. Morir luchando era el lema de nuestros abuelos. Vivir muriendo es el nuestro. Y esta resignación está infiltrada de tal modo en nuestra sangre, que se manifiesta en todo. ¡Hasta en los acuerdos tomados por una junta de inquilinos!

No tomamos nota de que los reunidos serían próximamente una milésima parte de los que existen en Madrid, porque desde luego todos los demás desean igualmente que se haga algo... pero algo práctico.

Y vamos con las conclusiones y fines que persigue la Sociedad.

1.º.—El agua (caño libre gratuito, abundancia y potabilidad). Es decir, como está hoy para el inquilino.

2.º.—La luz (contratos, altas, alquiler de contadores, etc.). Mientras las Compañías *todas* sostengan el trust, no se hará nada.

3.º.—Higiene de las viviendas. Desde el bando Romanones en 1898 se viene persiguiendo la higienización, y todos los alcaldes han dado su golpeito con un bando ó dos. ¿Y qué? Nada. Las autoridades son impotentes contra las resistencias pasivas de los caseros.

4.º.—Reforma de la ley de desahucio. Supongo que será en favor de los inquilinos. Y la tienen que reformar los caseros, jueces, magistrados, diputados, etc. Esperemos sentados.

5.º.—Depósito y rendimiento, á favor del inquilino, de las fianzas. Esta solución es complicadísima.

6.º.—Abaratamiento de las viviendas ó impuesto á los solares sin edificar. ¡Otro impuesto! ¡Horror! ¡Y pedido por los que van á pagarlo! Porque los solares no edifican se alquilan y con eso pagan el impuesto.

¡Qué contentos estarán los caseros con el cuestionario anterior! ¡Tantos asuntos y tan importantes servirán para largas ó interminables discusiones!

Y pensarán. La fuerza de la unión de inquilinos se irá en discursos, con los que no nos están. Nos llamarán tiranos, usureros, etc. como en tiempos de los romanos; pero pagarán. ¡Son buenos!

¿Cuánto más práctico hubiera sido escoger un sólo tema? Por ejemplo: «Higiene de la vivienda» en el cual va incluido la luz, el agua, el aire; y plantear la cuestión en la siguiente forma:

Visto que los propietarios nada han hecho desde 1898 para higienizar las fincas; visto que las autoridades son impotentes para conseguirlo; visto que existen en Madrid 11.000 casas antihigiénicas, según declara la

Junta de salubridad ó higiene; y visto que propietarios, compañías de luz, agua, tranvías etc., se constituyen en trust, y los abastecedores de todas clases se unen para encarecer, ó por lo menos no abaratar las subsistencias, y queda el inquilino, el consumidor, abandonado por todos los que gobiernan, y explotado por todos los que comercian... se hace preciso la formación de una sociedad de resistencia cuyo primer acuerdo será:

Huelga de inquilinos en todas las casas que no estén saneadas; y cuando tengamos la conformidad de la mayoría, acordaremos en un gran mitin el día en que ha de empezar la huelga, para comunicarlo á las autoridades con los días de anticipación que marca la ley. Huelga pacífica, sin violencias, sin grupos en la vía pública, sin manifestaciones, sin discursos; huelga al amparo del artículo 11 de la ley sobre colegiaciones y huelgas.

¿Solución? Ya la estudiarán autoridades y caseros. Los inquilinos tienen cumplida su misión con la resistencia pasiva.

JUAN PÉREZ

DESDE OLOT

Los liberales estamos avergonzados de vivir en esta población.

En la parte Sur hay un convento de capuchinos dedicados á sembrar la intranquilidad en las familias honradas atrayéndose á las mujeres.

En la parte Norte otro de Carmelitas que hacen lo mismo.

Al Oeste otro de escolapios que acaparan la enseñanza de todos los niños.

En el Centro dos de monjas: las del Sagrado Corazón de María, que se llevan todas las niñas ricas, y las de la Providencia, que se encargan de las pobres.

Los maestros y maestras de instrucción pública no pueden vivir, ni los demás vecinos tampoco. Toda la vida de la ciudad la absorben los conventos.

Las monjas son modistas, bordadoras, planchadoras, etc., y como pueden trabajar más barato, quitan el pan á todas las familias dedicadas á esas ocupaciones.

En la plaza de la Mora hay un casino carlista, al que concurren muchos curas y algunos obreros ignorantes ó hambrientos, para que les den trabajo. Algunos de los socios son todavía de aquellos que entraron en la ciudad á sangre y fuego. El día 4 de Noviembre subieron á festejar el santo del Chapa á la Montaña de Montescopa haciendo salvos.

Y todos estos insultos, estas vergüenzas, estas ignominias se cometen sin que autoridad ninguna las impida.

El ayuntamiento es clerical rabioso: en una de las últimas sesiones tomó estos acuerdos: hacer constar en acta que *había visto con sentimiento* la catástrofe de Italia; dar doscientas cincuenta pesetas al cura de Rindaura para construir una iglesia y felicitar al nuevo obispo de León, hijo de aquel pueblo.

Cuando pensamos aquí que algunos republicanos catalanes se han unido á esta canalla, nos dan ganas de escupirles al rostro.

UN OBOTÍN

REMEMBRANZA

LOS JESUITAS CONSPIRADORES

En los comienzos de la lucha entre la Iglesia ortodoxa y la Reforma amparada y fomentada por la reina Isabel de Inglaterra, se distinguieron por su maquinación solapada los jesuitas. Intrigaron tanto, que levantaron contra sí hasta el mismo clero católico. Los sacerdotes seculares escribieron al Papa que la Compañía de Jesús comprometía la causa del catolicismo en Inglaterra. «Las incesantes conspiraciones de los padres (jesuitas) dicen, han obligado al gobierno de la reina á tomar severas medidas contra los católicos; ellos (los jesuitas) han impulsado á la España á invadir la Inglaterra y la Irlanda; ellos sostienen que la hija de Felipe II tiene derecho á la corona de Inglaterra, y obligan á los discípulos de sus seminarios á prestar juramento de fidelidad á esta soberana.»

La intriga, la conspiración contra la independencia de Inglaterra llegó á tal extremo que, según escribe Camden en sus «Anales», el clero inglés creyó deber disuadir á las familias católicas de que enviasen sus hijos á los seminarios de los jesuitas, porque en ellos se les educaba en la deslealtad y en la traición.

Muchos católicos ingleses, patriotas antes que fervientes, acusaron á los jesuitas como autores de la Conspiración de la pólvora: se trataba nada menos que de hacer saltar con pólvora de cañón y envolver en una destrucción común al rey, á los lores y á los comunes.

Entregamos á la meditación de los hombres del siglo XX estas palabras de un ilustre escritor del XVII: «Jamás, dice Fra Paolo Sarpi, salió de un colegio de jesuitas un hijo obediente á su padre, un ciudadano fiel

á su patria, un súbdito devoto de su príncipe.»

«Los jesuitas que violaban las leyes inglesas, dice un historiador belga, los jesuitas que conspiraban contra la vida de la reina, contra la libertad y la independencia de Inglaterra, eran ingleses; vendían su patria al enemigo mortal del nombre inglés, á Felipe II, que lanzó la Armada contra Isabel.»

Así siempre. Carlos III arrojó de España á los jesuitas españoles «por motivos que se reservaba su real ánimo.»

Desde Zaragoza

Sr. D. José Nakens.

Querido correligionario: Tengo la satisfacción de comunicar á usted que el Casino Republicano Radical del barrio de Torrero, de Zaragoza, en junta general celebrada hace pocos días acordó, por unanimidad:

1.º Combatir al bloque llamado de las *izquierdas* á sangre y fuego, porque el fin que sus altos directores se proponen no es otro que destruir al partido republicano, y presentarlo ya bien aderezado y con su salsa correspondiente á la monarquía, la cual pagará á buen precio este servicio á los del *papelito*, *tercer depósito*, *sevillanos*, etcétera.

Tampoco creemos en su anticlericalismo, porque el que escribe estas líneas ha visto al Sr. Canalejas entrar en el Pilar antes que en el hotel, y no son ellos los que han de venir á dar lecciones de democracia á la ciudad del 5 de Marzo, del 4 de Enero, y á los que hemos disuelto un jubileo á garrotazos.

2.º Protestar de las ofensas que el señor Alvarez dirige al pueblo republicano en casi todas sus peroratas, considerando que el pueblo sólo es responsable de haber encumbrado, por exceso de buena fe, á republicanos *Cotorniu* como él.

3.º Ver con agrado la orientación radical que Lerroux ha impuesto á su política, y prestarle entusiasta apoyo mientras siga el camino revolucionario, y

4.º Empezar activa campaña de propaganda en el barrio, para instalar una escuela laica por cuenta del Casino en el más breve plazo que se pueda.

Que siga usted con tanto brío desenmascarando farsantes, es lo que verá con gusto su afectísimo que le desea salud y república por la revolución.

CÉSAR ALFONSO

¿Y SE LLAMAN SIERVOS!

No se trata de ningún hecho inaudito ni mucho menos, sino de uno vulgar que sucede casi á diario con la clase de personas (si cabe) á que me refiero; es un hecho indigno, repugnante y antihumano que hace sentir el desprecio de las personas sensatas hacia esa caterva de parásitos que pretende recoger conciencias sanas sembrando hipocresía.

Sucedió hace algunos días en la parroquia de Teis: había que dar sepultura á una anciana cuya familia carecía de recursos en absoluto, tanto que el alcalde de dicha parroquia tuvo á bien dar á una hija de la difunta algunas pesetas para lutos y otros gastos; pero no sucedió así con el cura y el enterrador, que al enterarse de que en aquel momento no había dinero para pagar, abandonaron el féretro con el cadáver en medio del cementerio, cual si fuera algún resto de inmundicia. Pero aún falta más; el enterrador se niega á abrir la fosa, y entonces Encarnación Gonda, hija de la anciana difunta, quiso ser ella y fué la que abrió la fosa para su madre, para lo cual tuvo que pedir una azada, pues también á esto se negó el humillarario sepulturero.

¿Y son estos los que predicán el amor al prójimo y las obras de misericordia? ¿Dónde está la dignidad de esos vecinos que no arrojan á esa plebe que sólo se sacia con el dinero?

Este hecho tan denigrante no será seguramente el último, pues sabido es que esta gente, en llegando á dominar un pueblo, se hacen dueños absolutos, si bien contribuye á esto la ignorancia de sus habitantes, que, como en este caso, permanecieron impasibles ante tamaño ultraje.

Confórmese, pues, Encarnación Gonda con su suerte; después de todo ha tenido la dicha de enterrar ella misma á su propia madre, dicha que el egoísmo y la perfidia de la presente sociedad le ha deparado.

Teis

UN SOLDADOR

IDEAS SUELTAS

LIBERTAD DE CONCIENCIA

Siempre he oído decir que los países civilizados se rigen por derechos recíprocos, es decir, que los mismos derechos que los unos disfrutan, deben disfrutarlos los otros.

Según parece, esto no reza con España, en la que no hay todavía ni libertad de conciencia, ni libertad de cultos, apesar que en los demás países inauguraron la civilización y el progreso decretando dichas libertades, porque los legisladores estimaban que sin

éstas las demás son irrealizables. ¿Cómo quereis disfrutar de libertad política si tenéis la conciencia tiranizada?

Los católicos españoles, donde quiera que van, son respetados en sus creencias. Ellos, en cambio, no respetan aquí las de nadie.

ESCARNIO A LA RELIGIÓN

En los países civilizados se entiende por escarnio á la religión el entrar tumultuosamente en una iglesia durante el culto, romper los objetos religiosos, maltratar al sacerdote etc, pero no es delito el emitir su opinión sobre asuntos religiosos escritos en lenguaje culto, y que no se obliga á nadie á leer ó creer. Desde la Restauración he leído, visto y oído muchos atropellos cometidos contra las capillas y escuelas evangélicas, domicilios de los pastores protestantes, vendedores de biblias etc, pero nunca he sabido que tales salvajadas, verdaderos escarnios á la religión, hayan sido castigados por los tribunales.

Málaga.

UN LIBERAL

EL CERCO

Los frailes acordonan á Madrid como si dentro estuviera la peste, y la peste son ellos. Hay que ver, sobre todo, los barrios altos, los barrios elegantes, sembrados de edificios adustos, erguidos como centinelas de la reacción.

Son los conventos, que, poco á poco, han ido surgiendo de esta tierra sufriente, cansada, desatendida como un erial donde los cultos prosperan ahogando toda planta frutífera y jugosa, buena para el sustento del hombre.

Los frailes buscan preferentemente las alturas, igual que los señores feudales, que las aves carniceras, y anidan allí á bandadas, acechando á sus víctimas, ojo avizor.

Son recios, son fuertes, sanguíneos, ágiles; parecen moldeados en la misma turquesa. ¡Buenos tipos de soldados! No el ejercicio espiritual; otro que no se compadece con sus votos, dió reciedumbre al cuerpo, elasticidad á los músculos, riqueza á la sangre, fuego de vida interior á los ojos.

Están pidiendo un fusil más que una cruz... El día en que se junten y caigan sobre Madrid como los cuervos en los olivares, ¡pobres olivos!, digo, no, ¡pobres alcornoques, que no ven lo que se está preparando!

El carlismo, con todas sus alimañas, no vive ya fuera, no lucha en plena luz al aire de la campaña ni se parapeta en los montes; vive entre nosotros á la sombra de sus madrigueras conventuales, fraguando nuestra desventura en los hornos que les hemos dejado encender.

España es hoy una Vendée con su *chuane ría*; una Vendée como la francesa, llena de trampas, de subterráneos cubiertos por la maleza para sacrificar á los soldados de la república.

Despreciables juzgó al principio la Convención aquellas turbas fanáticas de aldeanos cuyas armas eran la hoz y la podadora; pero tuvieron en jaque á la Francia libre, restándola fuerzas necesarias al vencimiento de Europa, y fué preciso un Hoche, no para extinguir, para aminorar la rebelión. Las guerras donde interviene la idea y el interés religioso, parecen acabadas en las condiciones de un pacto, mas se perpetúan ladamente y á socapa en las entrañas de la sociedad hasta corroerlas.

Ved cuántos siglos han pasado desde que se inició aquí la contienda religiosa, remontándonos, por lo menos, á la época de Arbúes, en Aragón, y aún no ha concluido. Ni con los Torquemadas, los Dezas, los Santa-cruces; horribles personificaciones de la Inquisición y las guerras civiles.

La frase de Cano «muertos en la trinchera resucitan en Madrid», aludiendo á los carlistas, tiene extensa aplicación á los frailes y al sentimiento avasallador que domina en ellos.

Son más temibles en sus toperas suburbanas que en los riscos del Norte, porque miran el suelo y forjan en oscuras galernas las espadas y los broqueles destinados al asalto de las libertades públicas.

Sobrevendrá impensadamente el desplome de la tierra que pisamos, creyéndola firme y segura como el cuarzo y el granito, y ellos harán irrupción en nuestras ciudades afeminadas, animándose desde lo alto á la vista del botín, como las turbas de sarracenos en los montes de Tarifa.

Antes habrán sobornado la conciencia de nuestras mujeres, que viven á la oriental entre celosías, cubierto el rostro á la mirada y pensamientos de los hombres, á la luz de fuera, á la luz fecundante que elabora órganos y sella con rayos de ideal las frentes, mientras sus esposos, los señores de esas esclavas irredentas, viven descuidados en una indiferencia culpable que se rebaja hasta el consentimiento, que no elabora órganos, pero los atrofia, y que levanta apéndices infamatorios en la testa de los malhadados varones.

Sólo esa degradación moral, semejante á un plano inclinado y resbaladizo por donde las naturalezas apáticas se deslizan casi inconscientemente, justifica, si hay justificación posible en puntos de honra y casos de

estado social, que nos hallemos tan honrados y cercados de enemigos que rechazaron valerosamente nuestros abuelos.

Si el conde de Aranda, con permiso de Dios y del diablo, saliese del infierno y tomase su carne para venirse derecho a la patria que limpió de jesuitas, huiría otra vez horrorizado, dando unas cuantas onzas de oro a Caronte por repasar la Estigia y zambullirse en la hirviente caldera.

Los curas de misa y olla, los clérigos seculares que aporrea El Motín, son ángeles y serafines comparados con los regulares (ó malos) de las innumerables Ordenes acampadas en el solar español a la hora de ahora.

Hay que romper el cerco, aunque sea demandando energía y resolución a los manes del tercer Carlos borbónico, reinante hace casi dos siglos; correr hacia atrás, y ponerlos luego de un salto en el siglo XX, ó sufrir los latigazos de Europa, que, para mayor ignominia, no nos azotan el rostro, sino las grupas.

BENIGNO PALLOL

Las Compañías de Ferrocarriles

II

ANTECEDENTES LEGALES

Concretando la cuestión a las tarifas, ¿es ó no cierto que las Compañías concesionarias pueden conceder ó negar su rebaja, con la libertad absoluta de que tan insolente alarde hizo el más caracterizado de los representantes de las Compañías en la Asamblea?

Veamos lo que sobre este punto previenen las disposiciones legales, referentes al mismo, remontándonos hasta el origen de nuestra legislación ferroviaria, pues ellas son las que han de decidir la cuestión con tallo inapudable.

En el informe de 2 de Noviembre de 1844, redactado por la Comisión de Ingenieros nombrada ad hoc, para proponer el *Pliego de condiciones generales* al que se habían de ajustar las concesiones de ferrocarriles, encontramos lo siguiente:

«Para conciliar... los intereses de la Empresa con la utilidad pública... se ha reconocido en todos los países la necesidad de reservarse el derecho de revisar las tarifas, en ciertas épocas, para rebajarlas, si fuera necesario.»

Y respondiendo á esta premisa del Informe, en el Pliego de condiciones generales, aprobado en 31 de Diciembre de 1844, se dispone lo siguiente: «Art. 33. A la expiración de cada período de cinco años, podrá ser reformada la tarifa...»

Después, en la ley general de ferrocarriles, de 3 de Junio de 1855, encontramos ese mismo precepto, en esta forma: «Art. 35. Pasados los cinco primeros años de hallarse en explotación el ferrocarril, y después de cinco en cinco años, se procederá á la revisión de las tarifas.»

Además del derecho de revisar las tarifas para rebajarlas, si era conveniente al interés público, en el Pliego de condiciones generales se consigna, á favor del Estado, este otro, aún más importante:

«Art. 34. El Gobierno tendrá el derecho de adquirir la propiedad del camino al fin de cada período de cinco años.»

Para determinar el precio de la compra, se tomará el término medio de los productos obtenidos durante los cinco años que precedan; y este término medio será el importe de la anualidad que se pagará á la Compañía, en cada uno de los años que faltan para expirar la concesión.»

La renta anual que el Estado ha de pagar á los accionistas, en el caso de la compra, se fija, en el Informe de 2 de Noviembre de 1844, en un doce por ciento del capital social, como tipo máximo.

Es, por tanto, indudable que no son las Compañías concesionarias, sino el Estado, quien con arreglo á esas disposiciones, tan claras y terminantes, tiene derecho absoluto para proceder cada cinco años, durante el período de la explotación de las líneas, á la revisión y rebaja de las tarifas, si dan á los accionistas de la Empresa un beneficio igual ó mayor del 12 por 100, ó para adquirir el ferrocarril en propiedad, si considera que la adquisición ó compra ha de ser más beneficiosa á los intereses generales del País, que la rebaja de las tarifas.

Respecto al origen de estos derechos, no podía ser más justo, natural y legítimo, pues contribuyendo el Estado á los gastos de construcción de las líneas con una suma de recursos y medios, que entre subvenciones directas, ó en efectivo, y subvenciones indirectas, venía á ser mayor que el capital social aportado por los accionistas, debía, como es consiguiente, tener en los beneficios de la explotación de las líneas, una parte proporcional á su mayor aportación.

Y ahora, siendo el derecho del Estado á la revisión de las tarifas y á la adquisición de las líneas tan evidente y con tan justo y legítimo título adquirido, ¿cómo nunca se ha hecho uso de él, y cómo su desconocimiento y menosprecio por parte de las Compañías ha llegado al extremo de que se oigan, sin que nadie proteste, manifestaciones tan humillantes, para gobernantes y gobernados, como las que el representante de aquellas hizo en la Asamblea?

Porque siempre que de rebajar las tarifas se ha tratado, las Compañías han negado que hubiera lugar á la revisión, fundándose

en el resultado de la explotación, según sus cuentas y balances; pero, ¿merecen esas cuentas y esos balances la confianza que el Estado y el País les han dispensado? Esto es lo que nadie, hasta hoy, se ha cuidado de averiguar, y lo que es ya de necesidad urgente que se averigüe.

Desde Badalona

El domingo 24 del pasado se celebró un mitin en Badalona, organizado por las Sociedades obreras, para protestar enérgicamente contra el alcalde Sr. Martín Pujol y Planas, por su conducta en la elección para la nueva Junta de Reformas Sociales. Tomaron parte algunos oradores de la población y el abogado de las Sociedades obreras, señor Puig de Aspred, bajo la presidencia del Sr. Belis.

Este señor dijo que el alcalde ha querido burlarse de todas las Sociedades obreras, permitiendo que formaran parte de la Junta de Reformas Sociales, Sociedades políticas como el Centro de Nuestra Señora de Montserrat, Circulo católico y Patronato obrero. Dijo también que después de hallarse la Junta nombrada valiéndose de artimañas jesuíticas, las Sociedades obreras pidieron copia del acta de la reunión para presentar un recurso de alzada y protestar ante el señor gobernador de los atropellos cometidos, no pudiendo por menos el gobernador de dar por disuelta la nueva Junta de Reformas Sociales, haciendo que ejerciera otra vez la antigua. Atacó de firme á la reacción clerical, única promotora de estos graves conflictos. Fué muy aplaudido.

Concedida la palabra al obrero Sr. Sentis, éste se lamentó de la poca aptitud que demuestra el proletariado ante asuntos de la trascendencia del que se celebra. «Es necesario», dijo, «hacer lo mismo que la reacción clerical, trabajando de zapa como ella para no vernos sorprendidos en la forma que hoy nos vemos», y combatió el que el Centro de Nuestra Señora de Montserrat pudiera intervenir en asuntos de la Junta de Reformas Sociales. Atacó de firme al alcalde y al clericalismo, siendo muy aplaudido.

El Sr. Comaposada, en nombre del periódico *La Internacional*, con elocuentes palabras demostró la maldad de la reacción y excitó al obrero á organizarse y no dejar que se pisoteen leyes como las que se han pisoteado y hacer por que respaldanza la justicia en todos los actos. Fué ovacionado.

Levantose el ilustrado abogado Sr. Puig de Aspred, y en elocuentes frases demostró la diferencia que hay entre el obrero y el hombre de estudios, y que no les extrañara que él tomase parte en actos como el presente, por no ser como muchos que sólo se ponen al lado del burgués. Yo—dijo,—a pesar de ser abogado, estuve siempre al lado del obrero y dispuesto á ponerme la toga en todos los casos para defenderle. (Ovación) Dijo que aquel acto revestía verdadera trascendencia, por tratarse de un asunto en que se ha querido burlar la ley.

Elogió á Dato por el decreto de 1900 y combatió el presentado por Maura en 1903 sobre los accidentes del trabajo. Recomendó la unión de los obreros para no verse burlados por elementos clericales y por farsantes como el alcalde. Fué muy aplaudido.

El presidente hizo un pequeño resumen, y se acordó remitir un telegrama al ministro de la Gobernación, presidente del Instituto de Reformas Sociales y un pliego de protesta al gobernador; y á las doce y media dióse por terminado el mitin, recaudándose fondos para los presos de Alcalá del Valle.

TOMÁS PONS

Recomiendo la lectura del anterior artículo á Pablo Iglesias, que niega la existencia del problema clerical en España, aun viendo que los obreros católicos acaban de reventar la huelga que los tipógrafos habían promovido en la casa de Rivadeneyra.

La paz del hogar

En la noche del 18 del mes último y durante la función verificada en el teatro circo de Variedades de Almería, sufrió un sensible percance un canónigo de aquella diócesis que formaba parte del público.

Hallábase colocado en el sitio más próximo á aquel en que una interesante joven de la *troupe* debía dar principio á sus ejercicios sobre el alambre, sin duda con el piadoso objeto de poder admirar á su sabor, no sólo su agilidad y destreza, sino también la pureza de sus mal veladas formas; más hete aquí que el diablo, (no pudo ser otro) hace que en el momento de darle tensión saltase y fuese el alambre á herir en pleno rostro al reverendo, sacándole de su dulce éxtasis.

El percance no tuvo consecuencias graves, y nadie se habría enterado, ó á ser por que un colega del canónigo, velando por la dignidad y el prestigio de su compañero de coro, no hubiera recorrido desalado los comercios en busca de *El Radical* y otros periódicos locales, para ver si decían algo

del suceso que, sin darse él cuenta, iba propalando al decir con atribulado acento:

«En la santa paz del coro y del hogar no se corre al riesgo de presenciar las desnudeces de estas infernales artistas que conturban el espíritu, ni nos amenaza la caída de esas acerados alambres que, como castigo, dejan sus huellas en el rostro.»

Tenía razón el canónigo amigo del que sufrió el percance. En el hogar, al lado de la chimenea y del ama dulce y cariñosa que se desvive por adivinar, para satisfacerlos en el acto, los menores deseos de su presbítero, se pasan mejor estas noches tremendas de frío, que no en los centros de perversión donde se exhiben esas infernales cuanto hermosas criaturas capaces de hacer caer en tentación al propio San Antonio, especialista en rechazarlas.

Aconsejo por lo tanto á los canónigos, que se contenten con admirar las perfecciones de las hembras que les rodeen, y no vayan á los teatros en busca de sensaciones más vivas. Y de ir, que no se pongan tan cerca de las artistas, para evitar que un irreverente alambre les destruya la sagrada circunferencia, ó les señale el rostro que tantas veces contempló estasiado la casta sobrina de su corazón, y que pudiera bien, en un rapto de místicos celos, dibujarle en el rostro un mapamundi con sus uñas.

Si, tiene razón ese amigo; la paz del hogar es lo que debe buscar en primer término todo canónigo que en algo se estime.

Hace unos días fué á la villa de Utiel el general de los frailes escolapios, y el ayuntamiento, compuesto de liberales en su mayoría, salió gozoso á recibirle, acompañándole lacayunamente á la Casa-residencia y tomando luego con él un pisco-labis.

En vista de este rasgo hermoso de anticlericalismo, ruego á mis queridos correligionarios de Utiel que no demoren ni un segundo su entrada en el bloque. Con hombres tan consecuentes y tan enteros se puede ir á todas partes.

A todas partes donde no sea necesario hacer uso de la dignidad política, ni se lleve otro propósito que el de embaucar al pueblo con fines interesados.

Clérigo y maestro

En el pueblo de Sebares, Concejo de Piloña (Oviedo), existe una obra pía dotada con la renta de quince acciones del Banco de España y casa, fundada para la enseñanza de los niños, cuyo beneficio, dice el fundador, «habrá de recaer en un sacerdote de suficiencia y aprobación necesaria». El patrono de ella es el obispo de la diócesis, según resulta de la escritura de fundación que obra en el archivo del obispado.

El cura que desde hace seis años desempeña el cargo, es interino, porque en su nombramiento no intervino el Ayuntamiento; á la escuela asistirán una media docena de niños de ambos sexos, menores de seis años, que materialmente no pueden ir á la municipal (hata los sobrinos canales del clérigo van á ésta). Este número de asistentes retrata ya al maestro.

La suficiencia del maestro se prueba diciendo que pregunta á los niños quién va á su casa, qué comen, si sus padres duermen juntos, etc.; y nada más. A lo mejor manda á los niños levantar los vestidos al mismo tiempo que á las niñas para ver cuál de ellas tiene las posaderas más gordas. Este es uno de los detalles de su plan de enseñanza.

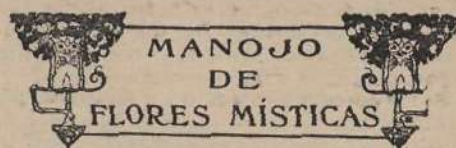
Como maestro ya le conocemos; vamos á admirarle como sacerdote.

Hace algunos años, siendo coadjutor de la parroquia de Sebares, predicó un famoso sermón que escandalizó al auditorio: «Hermanos, dijo, la moralidad está perdida, por que no hay en el pueblo más que dos mujeres enteras: mi hermana y la del capellán.» Se armó, como era consiguiente, el gran escándalo, y aquello le costó el cargo, quedando de cura suelto para decir misa en un pueblo cercano.

En las últimas confesiones generales del pueblo se levantó una joven del confesonario, porque en vez de oír sus descargos, se limitó á preguntarle cuánto debía su padre, cuánto maíz habían consumido en el último verano y si lo habían pagado, etc., cuyo suceso denunció ella al párroco que con otros individuos se hallaba en la sacristía.

Nadie ignora en el pueblo que se pasa el día por los portales conversando con las mujeres; que abre la escuela cuándo y á la hora que le parece, porque no hay fiesta á que no asista fuera del pueblo; que anda liando á todo el mundo; que lleva el alta y baja de todos los chismes del pueblo; y hasta se cuenta que en unión de otro sacerdote hizo una denuncia infundada, de la cual me ocuparé otro día; que es el clérigo más inepto de la diócesis, pero no para comerse la renta de la fundación. ¿Sabe algo de esto el obispo? Es posible que no, porque los asuntos de la diócesis se hallan á cargo del Previsor, que al parecer es mozo de cuenta. Si nada sabe (que cabe en lo posible, porque se asegura que es relativamente recto), tiene

ahora la palabra, si no quiere que yo vuelva á ocuparme de este asunto.



En la Hoja publicada en Granada con licencia del arzobispo, condenando la lectura de los periódicos excomulgados, no figura El Motín.

Lo que advierto á mis lectores para que duerman tranquilos y satisfechos, escupan á la cara al católico que los tache de impíos, y á la vez aspiren sin inquietud ni remordimientos el perfume que exhalan estos *Manojos de flores*.

¿Qué ha sido de aquel cura de Granada, José Valera González, que mandó al otro barrio, de un sagrado tiro de revólver, á un devoto feligrés en plena plaza de Alfonso XII, y que el público irreverente hubiera lynchado si lo agarrara?

¿Qué tal le va al hermanito superior de los maristas de Madrid, reverendísimo Sabinián, en la Cárcel Modelo, á donde fué por aquellas pesetas bailadas á sus *fratillos* para gastárselas alegremente con su *cuya*?

Y en Méjico, ¿cómo lo pasará aquel fray Querubín con su prójima, la que le ayudó á espantar de la Comunidad de que era provincia aquellos once mil duros?

¿En qué *trena* ingresó al fin aquel limonero franciscano que allá en Andalucía fué sorprendido en faena gomorrística, después de haberles sacado á los fieles 1.600 pesetas, muchas libras de chocolate y varias ristras de chorizos?

¿Siguen en la Ollería los mozos haciéndole la cruz para casarse á las muchachas que pasan siquiera por la acera de enfrente del convento de capuchinos, donde moran el célebre P. Juan de Benisa y sus colegas los humildes hijos del Serafín de Asís?

¿Continúa en libertad aquel valeroso presbítero que allá en Crevillente desencauchó á tres niñas en la sacristía, teniendo que intervenir en el asunto el juzgado de Elche?

Aquel ministro del Señor que en Zaragoza eliminó alevosamente á su pariente, ¿dónde está?

Y del que en Logroño partió por el eje á su ama en un rapto de celos, ¿qué fué?

Y de aquel padre Juan, escolapio de Pamplona, que desmoralizó á varios niños, ¿qué se dice?

Y del salesiano que en Béjar acarició á varios inocentes, ¿quién me da noticias?

Y el amigo Cucarella ¿cómo sobrelleva en la cárcel la pena que le produjo la separación de aquella morena y aquella rubia y qué nuevo Banco estará inventando para dejar sin pesetas al verbo?

Y el coadjutor que en Mediana de Aragón se la pegó á su compañero el párroco, birlándole la flor que él cultivaba en su jarín rectoral acaso con la esperanza de gozar las primicias de su perfume, ¿dió por fin con sus huesos en la casa de poco trigo?

Y el cura gallego que salió de estampía en cuanto supo que había desembarcado un emigrante con cuya mujer vivía en santa intimidad, ¿sobre qué feligresía cayó?

Esas preguntas no las hago por malévola curiosidad, sino porque me interesa mucho la suerte de esas desgraciadas víctimas de la calumnia sectaria. La virtud atrae tanto como el vicio repugna.

Que si el actual cura de Peñaranda se llama Justo Baile...—¿Pues qué baile!

Que si antes estuvo en Alberguería y en Castañax, demostrando en ambos puntos que no tenía nada de común con el nombre del último pueblo.—Pues hizo divinamente si se lo consintieron.

Que si ahora en Peñaranda se han hecho populares unas coplas que le cantan barajando con el suyo los nombres de San Bruno y la Virgen del Pilar.—Pues que se diviertan.

Que si los tribunales intervienen en si hubo ó no tiros y otros excesos relacionados con ciertos actos de D. Justo.—Pues que sea justo el fallo que dicten.

Que si, contradiciendo la costumbre y la tradición, una señora que quedó viuda hace seis años está en un estado que no parece sino que el marido ha muerto hace tres meses.—Pues al cura con el cuento, que es el encargado de absolver las faltas y las sobras de sus feligreses.

Y basta de chismes, y de Castañax y de Baile.

ADVERTENCIA

Creyendo oportuno repartir el *Compendio de la doctrina católica* á diputados, senadores y prensa de Madrid, publiqué el sábado último un Suplemento con las dos primeras hojas de este número.

No se le envió á nadie más.

SECCIÓN AMENA

Desgraciados y dichosos

Entre los primeros, ciertamente que no existe otro más digno de lástima que el diablo, así como entre los segundos los más favorecidos son los curas. Veamos.

Llamadme a cualquier cristiano *pobre hombre*, y de seguro os contestará: —¿Yo pobre? Más pobre es el diablo. —Y tiene razón. Pues preguntad a otro: —¿Quién es ese?, y con frecuencia oiréis esta respuesta: —¿Un pobre diablo? Lo cual quiere decir en buen romance, que este señor, á pesar de su fama respetable, no pasa de ser un *quidam* que ni pincha ni corta.

Y, en efecto, por los últimos partes del Infierno sabemos que la vida allí anda muy cara. El pan va á cuerno de mahometano la libra, los garbanzos á pluma de periodista liberal, la vaca á colmillo de cesante y la copa de vino á estómago de obrero. Sólo la carne de Iglesia y otros manjares indigestos son baratos; pero los diablos están tan hartos de ellos, que no los quieren ya ni de ba de y los destinan para estiercol.

La industria, el comercio, las artes, los oficios y las letras se encuentran en la agonia, por la ruinosa competencia que por acá les hacen las gentes monásticas. Con la agricultura y la minería sucede lo mismo, pues como el Infierno está debajo de la Tierra, ésta le ofrece sus producciones al revés, es decir, cabeza abajo y raíces arriba, cuya savia se chupan desde aquí bonitamente los curas, dejando las plantas secas y birlando impunemente todos los metales. En cuanto á la marina, no hay que hablar, porque desde que en el mundo hay revoluciones liberales, no navega por aquellos mares más que la barca de Queronte, que siempre va cargada de místicas mercancías, las cuales no abonan ni siquiera un céntimo por tonelada.

Las contribuciones no se pagan, las rentas no se cobran, á diario estallan pronunciamientos y motines, y todo el mundo quiere ser ministro ó por los menos empleado con doce mil reales, viviendo las instituciones de milagro. Y todo por los curas y sus protectores, que han puesto con sus tretas tan facas á los cuerpos, que ya no tienen fuerzas ni para espantar las moscas de sus narices, y tan hinchadas á las almas, que semejan cueros llenos de aire, sin que nadie se entienda: almas ni cuerpos, gobernantes ni gobernados.

Y como Luzbel, por más diabluras que hace en este mundo de nada le sirven, porque todas las cobran las gentes de sotana, privándole así de los enormes ingresos indirectos y estancados con que creía poder salir de apuros; y como tampoco puede conseguir hacer subir la Bolsa en el Infierno para realizar sus economías, consistentes en papel de la Deuda, que pagó muy caro; ni menos levantar empréstitos, porque la Igl-sia lo ha desacreditado ante los capitalistas extranjeros, anda el pobre dado á todos los bonetes, mitras y tiaras de la

Tierra, jurando y maldiciendo de su suerte, con un humor de trescientos mil exelastrados, más perdido que Caparrotta y más trocado que Arpavieja.

Ahora se propone subastar el rabo, que es lo único que de algún valor le queda; porque en cuanto á los cuernos, las uñas y los dientes, se le han estropeado á fuerza de enganchar, trincar y masticar papas, obispos, clérigos, frailes, monjas, beatos y beatas, y otras alimañas del gremio negro; mas, si no hacen puja algunas beatas feas, ricas y menesterosas, se presume que la subasta quedará desierta y que Satanás concluirá por suicidarse para vengarse de una vez de capas pluviales y manteos.

Véase, pues cómo la posición política, social, particular y financiera de ese ser tan temido y calumniado es, por cierto, bien poco envidiable. Y vayan ustedes á creer ahora á las gentes cristianas cuando dicen que el diablo, no teniendo que hacer, con el *raño caza moscas*. ¡Sí, sí! ¡Ah! le sobra tiempo para dedicarse á cacerías mayores, ni para que le dejen sus negocios andar tan despacito que las moscas se le pongan á tiro de cola! ¡Qué más quisiera el pobre que eso para parecerse á otros magnates de la Tierra!

Convenido en que Satanás en sus dominios ordinarios es un rey en extremo desgraciado, veamos si por acá le trata en sus empresas con más mimo la Fortuna. Vamos á referirnos en primer término á cualquier mujer, con tal que sea joven, guapa, monja ó devota por lo menos, y amiga, privada ó pública, de algún sacerdote, circunstancia indispensable para que los hechos de que vamos á hablarse realicen. Supongamos que esta señorita sufre una noche la distracción de entregarse al sueño (ó al diablo, como si dijéramos en este caso), dejando sin guarnecer con cruces algún punto importante de su cuerpo, la boca por ejemplo.

El demonio, que la acecha envidioso del cura, llega calladito y, ¡zas!, por allí se le mete. Y ya tenemos á la beata iluminada que se levanta al día siguiente blasfemando del Dios que la crió y de todas las vírgenes, ángeles, santas y santos de la Corte celestial.

Ella, no obstante, adivina dónde hay tesoros escondidos sin dueño; por dónde van las corrientes subterráneas (lo cual es verdad); si habrá buena cosecha ó no la habrá; la suerte venidera de sus convecinos, los casamientos que se realizarán, las pestes, las hambres y las guerras (sobre todo si son carlistas) que vendrán por castigo divino; y en una palabra, todo cuanto reserva el porvenir á los mortales. bueno y malo; porque el demonio le ha hecho eria en el cuerpo, como la lombriz solitaria, y cada cochi-diabillito (que lleva su nombre de santo, por supuesto, como cualquier cristiano) tiene su genialidad distinta y está encargado de presidir un ramo especial de los que constituyen el arte de las adivinaciones.

Pronto cuende la voz de tan natural acontecimiento, y acude el pueblo presuroso á consultar con la energúmena sus cuitas, la cual, entre risas y llantos, saltos y locuras,

responde bien ó disparatadamente á las preguntas que le hacen, según el humor que los diablos tienen. Y ¡cosa extraña! Vienen también de balde varios frailes y sacerdotes á exorcizar á la paciente, guiados por su celo religioso, disparándole cien mil infundios por minuto. Pero los diablos ¡cál como si tal cosa; no salen ni por ésas del cuerpo de la feliz muchacha.

Vista la poca gracia de los diestros, que son sibados por los espíritus malos, se llama con insistencia reverente al padre maestro amigueto de la interesada, quien, más orgulloso que un torero al presentarse en plaza, practica con acento más enérgico y ademanes más imperativos, parecidos trabajos á los de sus colegas desairados; mas los demonios, á pesar de mostrarse algo más intranquillos y contrariados, se obstinan en sus trece, lo cual obliga al caritativo sacerdote á encerrarse á solas con ellos y la en la blada, repitiendo la encerrona muchos días. Excusamos decir que los circunstantes esperan en una pieza inmediata, muy ansiosos, el resultado de cada operación, sentados y cubiertos; es decir, con el gorro puesto.

Por fin, cuando el buen padre cree que la cosa se encuentra bien madura, manda que públicamente lleven al templo la interesada; la coloca frente al altar mayor, dice una solemne misa para tomar áientos, y en medio de las blasfemias, chillidos y contorsiones más grotescas de la poseída, da comienzo al gran conjuro.

—¡Bestia infernal! —exclama derramando hisopazos y cruces; —hijo de las injurias, huye de ese cuerpo cristiano que me pertenece y déjalo puro y limpio como estabal. Pero el diablo se rie de la ocurrencia, y con voz de triple contestata:

—¡Quitate de ahí, feo, mamarracho, embustero, cuco, pillol! ¡Bien sabes tú que es imposible!...

Entonces el padre enfurecido, coge á Dios por el mango, es decir, á Cristo por los pies, y —¡Ea, fuera de ahí pronto, dice, que el Señor te lo manda, bribonazo!... ¡Porque si no!... El espíritu malo no puede resistir á la actitud agresiva del cura, ni menos á sus ilustradísimas razones, y, haciendo pucheros, dice, medio llorando y medio cantando, entre la general ansiedad:

—¡Oh! ¡Morir tan joven!... ¡No!... ¡no!... ¡no!... ¡No me mates... no me mates... déjame vivir en paz!... Ni me castigues más, bellaco, que yo saldré; pero por la cabeza he de hacerlo.

—De ningún modo —responde el padre, —que te llevarás los sesos.

—Pues será por el pecho.

—Tampoco, que le robarás el corazón.

—Pues por la boca.

—¡Ah, granuja! ¿eso querías tú! ¡Ni que lo pienses, porque te quedarías con la lengua!

—Entonces saldré por el vientre.

—Mucho menos, que es parte muy sensible y lastimarás la criatura. ¡Sal por las pestañas!...

Y dando un gran chillido, el diablo y su prole de-aparecen por los sombríos puntos indicados.

El pueblo se queda con tamaño boca abierta, la fama de santidad del padre arcebis, sus visitas á la exendemoniada continúan,

las misas van y el dinero viene á expensas de las diabluras del diablo, los ciegos hacen su negocio vendiendo en las calles el milagro y... hasta otro, que será más gordo.

¡Pero vayan ustedes, lectoras mías, á meterse á cristianas predilectas de los curas, para que luego, á pesar del crisma, se les entre á ustedes el diablo en el cuerpo como Periquito por su casa y les cause tamañas averías! ¡Y envíen al demonio, caballeros, cuando al pobre ni siquiera lo dejan parar donde puede vivir cualquier microbio y aun otros seres de mayor cuantía! ¡Vamos, lo dicho! El rey de las tinieblas es un reyzeuelo cualquier-cosa en extremo desgraciado.

Mas no son esas cosas sus desdichas; entre otras, sucede con frecuencia que á una prójima le da por marcharse clandestinamente con un prójimo. Bueno; pues la gente dice que se la llevó el diablo ó que la tentó el diablo, cuando quien se la lleva y quien la tienta es un cristiano, ó un turco. El diablo —dicen otros— hizo aquel casamiento.

Y aquí tienen ustedes á todo un rey ejerciendo el poco airoso empleo de casamentero gratis, sin conocer siquiera á los contrayentes, que le han pagado al cura los buenos oficios de su mal correspondido protector. —Fulano es de la piel del diablo. —Y con la mayor facilidad deja éste otro al demonio sin pellejo, como conejo desollado. —¡Que cargue el diablo contigo! —Aquí en un periquete convierten á S. M. en mozo de cordel. —Aquél le tira de la cola al diablo —se oye á cada instante. Y ya tenemos al gran genio cogido y preso, á disposición de cualquiera botarate, resultando además un ton-t, puesto que con tal facilidad deja que jueguen con lo que de más respetable tiene.

Quien hay que dice muy formal: —Fulano sabe más que el diablo. De manera que éste lo considera sabio y listo. ¿En qué quedamos? Aquél otro añade: —Sí, sí; detrás de la cruz el diablo. —Y aquí verán ustedes cómo no queda un condecorado caballero de alto ni de bajo vuelo que no lleve al diablo metido en el corazón. Además, como detrás de la cruz van sólo los cristianos, resulta que entre ellos se encuentra necesariamente siempre el diablo. Como si dijéramos, entre los suyos. Y ahora caigo por qué colocan en los altares la cruz de cara al público. Pero, y detrás de las que llevan los curas, frailes, monjas, ermitaños y beatos entre camisa y cuero, ó entre sayo y camisa, ¿quién hay? ¿Y las que llevan los carlistas en los escapularios que les nacen? ¡Pues claro, está el diablo! ¡Y á todo esto, sin que el interesado pueda defenderse de tanta calumnia, tanta contradicción y tanto insulto.

De todo lo dicho se deduce: Que el diablo, á pesar de ser el decaño de los reyes, es humilde, débil, calumniado, pobre, explotado, y encima maldecido, desde los cuernos hasta el rabo. Y que los curas, no obstante su humildad jurada, son soberbios, potentes, alabados, ricos, explotadores, y por contera bendecidos desde el boneto hasta el zapato.

¿Quieren ustedes aún más grande desgracia para el uno ni fortuna mayor para los otros?

U. G.

(FOLLETÓN 5.º)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR

OFFENBACH

común de los mortales, nadie se preocupa de eso. Preciso es, sin embargo, reconocer que con el español cauto y formal que no despegas los labios más que para celebrar las gracias de los señores del reino y se esmera en complacerles en todo, no es muy frecuente que se metan los agentes de éstos.

En España la prensa no está tratada con más seriedad que lo demás. Precisamente una de las razones por que la historia de aquel país es tan poco conocida, está en que no se puede tratar más que de la de tiempos remotos, pues siendo imposible hacer bien la historia de una época sin hablar del Jefe del Estado, allí, donde no se puede ni mentar, como no sea para glorificarle, al monarca reinante, tampoco es permitido censurar los actos de sus padres, abuelos ni bisabuelos, porque dicen los señores del reino que, como la responsabilidad de las culpas y pecados se transmite hasta la cuarta generación, atacar á aquéllos viene á ser lo mismo que ir contra su sucesor. Y así la inviolabilidad que la Constitución establece para el que reina, ampara la memoria de sus antecesores en el espacio de un siglo ó poco menos.

Los departamentos ministeriales tienen organización y denominaciones análogas á las de los otros países civilizados.

Los que en éstos suelen ser dos, el de Justicia y el de Cultos, allí son uno solo, á cuyo jefe se llama el «gracioso ministro de Justicia» ó el «ministro de Gracia y de Justicia» porque, si no siempre el que rige este departamento es el más gracioso de todos los ministros, aunque se procura que lo sea, la Justicia es siempre allí el más gracioso de todos los ramos.

En aquel curioso país hállase establecido que, como no sea por rarísima excepción, los funcionarios públicos, especialmente los altos, cuando hacen algún enorme disparate de los que se reservan para sí los principales señores del reino, ó cuando de cualquier modo incurren en el desagrado de éstos, hagan dimisión por motivos de salud. Así, que en ningún país del mundo es oficialmente tan precaria la salud de los que están al servicio del Estado. Pero esto no reza con los ministros. Los ministros tienen en España una salud á prueba de bomba, y por causa de ella no hacen dimisión más que «in articulo mortis», y á veces ni aun entonces, entendiéndose en tal caso, si efectivamente sucumben, que la han enviado por el sepulturero.

Y no sólo los ministros españoles no hacen dimisión por motivos de salud, sino que entran en el poder precisamente por hallarse enfermos; es decir, que en España hay ministros que lo son por prescripción facultativa, por receta ó recomendación del médico. El autor de estos apuntes ha conocido á uno que había sufrido recientemente tremenda operación quirúrgica y andaba todavía muy averiado; pero el sabio y hábil especialista que le había operado en Berlín, le indicó de

régimen la misma vida y ocupaciones de costumbre, y mientras D. Paco, pues así se llamaba aquel señor del reino, iba mejorando poco á poco al frente de un departamento ministerial, el departamento cada día iba empeorando más y más de prisa.

CAPITULO III

QUE TRATA DEL JUEGO LLAMADO «DE LOS PARTIDOS» EN QUE GANA TODO EL QUE JUEGA

Vastísimo coto de recreo, gran feria sin fin en que espectáculos nacionales y diversiones públicas se suceden sin interrupción; he aquí lo que es España para los señores del reino. Suele creerse generalmente que las corridas de toros son la fiesta típica, peculiar, de aquella monarquía; pero corridas de toros ya las hay en otros muchos países, mientras que sólo en España se hallará ju-g-s como los que aquellos naturales llaman «de las instituciones» y «de los partidos», maniobras ó simulacros parlamentarios cual los que allí tienen lugar todos los años, y las apoteosis y homenajes en que sobre los demás españoles tanto se distinguen los madrileños. En el presente capítulo vamos á dar breve noticia del juego dicho «de los partidos».

Los españoles se hallan divididos en dos bandos: el de los que acatan el régimen actual y el de los que lo atacan. Del segundo no hablaremos ahora, y siempre será poco lo que hablemos, porque sus partidarios no toman parte en los juegos de aquella monarquía, y menos en el de que vamos á tratar, ó si la toman, ha de ser en confabulación más ó menos disimulada con los del otro

bando. Este otro, el bando de los que acatan el régimen vigente, se divide á su vez en dos partidos llamados liberal-conservador ó simplemente conservador, y liberal-liberal, ó simplemente liberal, y su juego se estableció de la siguiente manera.

Formado el partido liberal como en un río se forma un islote movedizo, merced á un ramajo que, colocando arenas, hojarasca y detritus que la corriente lleva en suspensión, D. Antonio Cánovas, jefe de los conservadores, que se hallaban en el poder cuando en Noviembre de 1885 falleció el octavo de los Borbones, temiendo que el islote sagastino (el jefe de los liberales era el Sr. Sagasta) fuese á tomar nueva posición corriente abajo, se apresuró á conjurar este peligro; y, en cuanto el rey rindió el último aliento, se hizo á un lado y dejó el puesto al «jefe de la oposición de S. M.» que era el título que el tan bromista como ingenioso D. Práxedes tomaba para sí mientras se hallaba fuera del gobierno.

Ha de entenderse, sin embargo, que los dos ilustres compadres no llegaron á efectuar aquel relevo, sin concertar antes que los dos partidos que ellos respectivamente acaudillaban turnarian regular y metódicamente en el poder, y que á fin de evitar la multiplicidad, variedad y confusión de responsabilidades por un lado y de ambiciones por otro, sólo un hombre, siempre el mismo, de cada uno de ellos, es decir, sólo uno de ellos mismos, sería el encargado de formar gobierno.

Una vez tomada y concertada resolución tan sabia, presentáronse á la reina y poco más ó menos le dijeron:

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

muerte de su madre y en un momento de arrebató, como han dicho algunos historiadores, sino siete días después, cuando había transcurrido tiempo suficiente para la reflexión y la calma, cuando ya no existía la ofuscación de los primeros momentos.

Un espía comunicó á Cabrera que en el pueblo de Alcuta había fuerzas del regimiento de Ceuta; corre en su busca el tigre, sabedor de que eran en pequeño número, da alcance á los soldados que habían ya salido del pueblo, se defienden éstos en una pequeña altura hasta agotar las municiones y después se rinden mediante capitulación y prometiéndole Cabrera respetarles la vida.

¡Pobres prisioneros! Hombre sin honor, hizo Cabrera traición á la palabra empeñada, y con pretexto de que habían profanado las imágenes de la iglesia del pueblo y hecho una parodia de entierro del feroz cabecilla, los mandó asesinar á todos, en número de ciento cuarenta y cinco, y hasta no permitió que se confesaran, excepto los oficiales, que tuvieron precisión de hacerlo con el sanguinario padre Escorihuela, autor de punibles excesos y fechorías inconcebibles.

Ni hubo tal profanación de imágenes ni tal parodia de entierro; hubo sí mucha perfidia y mucha crueldad por parte de Cabrera.

Llevados al suplicio los infortunados mártires, fueron muertos á tiros, á bayonetazos, á golpes. El horroroso espectáculo que ofrecían los ciento cuarenta y cinco cadáveres de las pobres víctimas con los cráneos destrozados y todo el cuerpo cubierto de heridas, que hubieran contrastado al criminal más salvaje y hecho lanzar una exclamación de horror al más feroz, hizo aparecer en los labios de Cabrera una sonrisa de satisfacción.

Al frente de sus hordas invadió Cabrera los pueblos de Buñol, Yátova, Macastre y otros, donde las piadosas hordas se hartaron de robar, no dejando ni camisa á los infortunados habitantes de los pueblos, particularmente á los de Buñol, donde después del saqueo más desenfrenado y de cometer toda clase de abusos é infamias, hicieron prisioneros á cinco nacionales, que Cabrera mandó asesinar.

Poco tiempo después, Fayos, Meliana, Campanar y otras muchas poblaciones de la fértil vega valenciana sufrían todos los horrores de la devastación y el saqueo, y siete nacionales sorprendidos en la venta del Plá del Pou morían asesinados en cumplimiento de una orden de Cabrera.

Mientras Cabrera atacaba infructuosamente á Castellón, cuyos habitantes hicieron una heroica resistencia obligándole á retirarse, veintitrés nacionales fueron hechos prisioneros después de haberse defendido en el mayor denuedo en el campanario de la villa de Burriana.

Llevados á Cantavieja, fueron víctimas del trato más soez y brutal por parte de los santos defensores del altar y el trono; hambrientos, pues apenas se les daba comida; medio desnudos (sus ropas les habían sido robadas); insultados, apaleados, escarnecidos, con el grillete puesto fueron obligados á trabajar en las obras públicas.

Y cuando ya no quedaba de ellos más que armazón de huesos cubiertos de piel, cuando más parecían espectros que hombres, cuando apenas si tenían fuerzas para tenerse en pie, Cabrera dispuso el sacrificio; dió las órdenes oportunas para consumar el crimen, omitiendo ninguna clase de pormenores y detalles para que la muerte de los infortunados fuese lenta, terrible, desesperada, como él tenía costumbre de darla á los vencidos, á lo inquisidor.

Todo dispuesto, los veintitrés nacionales de Burriana y otros de Silla, hasta el número de cuarenta y dos, fueron sacados en dirección al barranco de Villafraña, donde debían ser asesinados. Una de las víctimas, el padre del capitán D. Joaquín Monfort, anciano respetable, no podía caminar tan deprisa como sus verdugos pretendían; profundamente apenado el hijo, ahogando en su garganta los sollozos y haciendo esfuerzos sobrehumanos para que no se le saltaran las lágrimas, suplicó con voz conmovida montasen á su padre en una caballería, en atención á su mucha edad y estado verdaderamente decrepito. Aparentaron acceder los carlistas á tan humana pretensión, hecha por un hijo enternecido y contrastado ante los sufrimientos y desgracias del autor de sus días,

y trajeron una acémila, atravesaron al anciano sobre ella, le ataron una soga al cuello y tiraron con fuerza hasta formar un arco, juntando los pies y la cabeza del desventurado anciano bajo la barriga del bruto... Indignado el capitán, pidió desesperado á los bandidos aquellos que fusilaran al anciano, en vez de martirizarle de manera tan cruel.

El anciano fué desatado con una complacencia y sangre fría verdaderamente espantosa, se le bajó de la caballería, fué depositado en el suelo, asesinado, y su cadáver arrojado entre burlas y risas á los pies de su hijo. Pidió éste entonces que se le matara también, y aquella gente devota ató á la garganta del hijo la misma soga que á su padre, fué suspendido luego de una roca, y desde enfrente se entretuvieron mucho tiempo los miserables asesinos haciendo disparos, hasta que después de una agonía verdaderamente cruel y desesperada murió el pobre mártir desangrado, despedazado, hecho una criba.

Los cuarenta prisioneros restantes tuvieron también una muerte bárbara, cruel, verdaderamente horrible; después de martirizarlos pinchándoles con las bayonetitas las partes más sensibles del cuerpo, agotado el repertorio de crueles tormentos, vivos aún, después de tantas infamias, fueron arrojados á una sima, y dos días después se oían todavía los gemidos de las víctimas, jactándose públicamente de ello sus verdugos.

Horroriza pensar en los espantosos sufrimientos, en la amargura, en la terrible desesperación de aquellos pobres mártires, y en la infinita maldad de sus asesinos.

En una de las excursiones que hizo Cabrera á los pueblos situados en la ribera baja del Júcar, penetró con sus hordas de bandidos en la villa de Corbera, y con pretexto de que les habían dirigido unos disparos antes de entrar en la población, desde la montaña llamada de Carlos, ordenó á sus sicarios que fuese saqueada, como así se hizo.

No contentos con robarlo todo, con inutilizar y destruir cuanto no podían llevarse y con hacer otras cosas peores que las víctimas tuvieron buen cuidado de callar y nosotros no hemos de decir por respetos á sus hijos y familias, maltrataron de palabra y obra á María Rosa Rubio Rosell que el día antes había parido una niña, á la que los carlistas estuvieron á punto de asesinar juntamente con su madre; colmaron de insultos á doña Vicenta Rubio Serra, en cuya casa no dieron ni los clavos; atropellaron con la brutalidad en ellos acosada á la esposa de Miguel Giménez Caballero, é hicieron sufrir los suplicios más espantosos al secretario del ayuntamiento, á quien asesinaron atándole á un algarrobo.

Después la recién parida fué sacada de la cama á viva fuerza, y juntamente con las dos señoras nombradas, descalzas, con los pies ensangrentados, amenazadas con la muerte á cada paso, se las llevó á Morella, donde por espacio de dos meses sufrieron el trato brutal de aquella canalla, hasta que á peso de oro consiguieron la libertad.

Así procedía la chusma carlista con las esposas, madres ó hijas de los liberales.

Era el cumpleaños del Pretendiente.

Cabrera, gracias á los muchos espías que tenía en todas partes (lo eran todos ó casi todos los curas rurales), había sorprendido en el Plá de Pou á mil doscientos infantes y un escuadrón de lanceros, logrando tras breve combate apoderarse de casi todos, pues fueron muy pocos los que pudieron escapar, marchando luego á Burjasot con los prisioneros.

Para celebrar el cumpleaños de Carlos y la victoria obtenida, dispuso Cabrera un festín para los suyos, festín que degeneró en borrachera asquerosa de sangre y vino.

Dispuestas las mesas en la explanada ó plaza de los Silos de dicho pueblo, bien provistas de manjares y mejor provistas de licores, rodeado el jefe—escribe un historiador—de sus oficiales más adictos, dió principio la fiesta con vítores y aclamaciones, comiendo y bebiendo hasta el exceso. Confundíanse los alegres ecos con los de una música marcial, y menudeándose los brindis, se prodigaron los licores hasta el extremo de convertir aquel festín en un lago de sangre.

Ebrios los jefes, y no menos fuera de su razón los subalternos, se acordaron por desgracia de que muchas víctimas dependían de su voluntad, y resolvieron concluir el festín con los terribles ayes de aquellos infelices.

Por tanto, desnudos algunos, fueron fusilados por tandas los prisioneros...

«Al sonar las desgargas—escribe otro—entre los estampidos de los fusilazos y los gemidos de los moribundos, resonaban en infernal armonía los brindis facciosos, el estruendo de las botellas, las libaciones impuras y las báquicas canciones de aquellos tigres. La sangre corría á sus pies mientras el vino saltaba en sus copas.»

Aun se entretuvieron después aquellos miserables formando con los ensangrentados cadáveres de las víctimas una enorme pirámide.

Así celebraban los carlistas sus victorias y el cumpleaños de su rey, sin perjuicio de oír misa con el mayor recogimiento, rezar el rosario con la devoción más grande y llevar colgadas al cuello medallitas, reliquias y escapularios á montón.

Al apoderarse Cabañero de Cantavieja, hizo doscientos cincuenta prisioneros, cuyas vidas respetó. Cabrera ordenó después que fueron sacrificados; no se hartaba nunca de asesinar.

SeSENTA y ocho nacionales defendiéronse contra el monstruo infame en las calles de San Mateo; capitularon al fin cuando ya no les quedaba otro recurso; se estipuló que sus vidas serían respetadas; pero Cabrera quería más sangre, y faltando una vez más á sus juramentos y promesas, ordenó en la Cenia que se preparasen á morir y fueron asesinados á bayonetazos, de una manera lenta, cruel, como le gustaba al sanguinario cabecilla.

No respetaba nada, no se cansaba nunca de destruir su sed de sangre y devastación jamás se veían satisfechas, el exterminio le acompañaba á todas partes, á sus espaldas quedaban siempre la ruina y la muerte.

Eligido á levantar el sitio de Gandesa, tala campos destruyendo las cosechas como asolador pedrisco, arrasa los caseríos y se complace en la miseria, en la desgracia de millares de familias.

Intenta inútilmente apoderarse de Requena, y no pudiendo conseguir sus propósitos, se venga devastando los alrededores de la población y haciendo asesinar á nueve nacionales que habían tenido la desgracia de caer en su poder.

Victorioso en la acción de Maella, no contento con la sangre derramada en el combate que fué verdaderamente terrible, estando todavía en el campo de batalla, envió á uno de sus ayudantes mandando al titulado comandante Espinosa que matara cincuenta prisioneros que tenía en su poder. La contestación de Espinosa fué digna, honrada, propia de un hombre de bien: «No tengo lanza después del combate.»

Irritado Cabrera, buscó quien ejecutara sus órdenes, y ciento sesenta y un soldados fueron acuchillados á sangre fría. Avido de más carnicería, aquella misma tarde hizo sacar del hospital á veintiseis heridos y fueron también asesinados juntamente con el capitán D. Joaquín de Urquiza.

Espinosa, por haberle desobedecido, fué enviado á Chelva, donde vivió menospreciado por aquellos santos defensores de la buena causa.

Encerrados en lóbrego calabozo y sufriendo los malos tratos de rigor, noventa y seis sargentos prisioneros en Maella fueron invitados á formar parte en las filas carlistas. Todos, absolutamente todos se negaron; ni uno solo quiso hacer traición á sus juramentos. «Primero la muerte que tomar parte con ladrones», contestó un valiente de aquellos.

Quiso averiguar Cabrera quién había sido el que profrigió estas palabras, y conminando con la muerte de los prisioneros, los invitó á que descubrieran al culpable.

Todos sabían quién era; nadie quiso delatar al amigo, al compañero de armas é infortunio; sellaron los labios, y entre noventa y cinco, ni uno flaqueó.

El tigre cumplió su promesa y los noventa y seis sargentos murieron asesinados en el Horcajo.

Sitiada Calanda por los carlistas, una compañía de soldados y sesenta nacionales que la guarnecían rivalizaron en actos de valor y heroísmo. Estrechados por todas partes y cuando ya no les quedaba otro recurso, capitularon á condición de que sus vidas le serían respetadas, quedando prisioneros de guerra.

Llevados á Morella, hizo Cabrera asesinar en la plaza del Estudio á veintidos de aquellos valientes, y los restantes, ciento y pico, después de sufrir los más crueles martirios, fueron arrojados por orden del feroz cabecilla al río Ebro, en Mora, donde perecieron ahogados, sirviendo de espectáculo divertido á las piadosas cuadrillas de asesinos.

Después de apoderarse de Benicarló hizo Cabrera que fuera saqueada. Todo fué robado por los defensores de la santa causa, hasta las cubas y vasijas donde se guardaban vinos y aguardientes. Los habitantes quedaron en la más extrema indigencia.

Luego que los bandoleros robaron cuanto había que robar, salieron de la población llevándose prisioneros á sesenta nacionales, algunas familias de éstos y dos compañías del provincial de León.

Encerrados en los calabozos de Morella, Benifasá, recibieron trato tan bárbaro y cruel, que al poco tiempo habían fallecido casi todos.

Un cura que merecía no serlo, llamado don Mariano Renau, mandaba las fuerzas de nacionales de los pueblos de Cortes, la Puebla y Zucaina que guarnecían el castillo de Villafamela.

Robar y violar, asesinar á pobres y débiles ancianos, á inocentes niños y á indefensos prisioneros, era, ha sido y será cosa muy corriente, y hasta muy santa y muy buena, para esas fieras que componen el carlismo. Todo eso no es pecado, ni indigna, ni subleva, ni escandaliza á gente tan amiga de la religión; pero ¡un cura liberal! ¡Un cura enemigo de la santa causa! ¡Un cura con morrión de miliciano! ¡Horror, escándalo, abominación, sacrilegio!

Las hordas juraron vengar lo que creían un ultraje á la religión y hasta al *sentido común*, y como todos los medios son buenos cuando se trata de servir la causa de Dios, buscaron y hallaron los necesarios para apoderarse de dicho castillo, con el auxilio de tres nacionales, parientes del titulado capitán carlista Gazque, carlistas cubiertos con la careta liberal, los cuales desempeñaron con respeto al cura Renau el mismo infame papel que se atribuye á Judas con Cristo.

Gracias á estos Judas, mientras don Mariano Renau estaba diciendo misa, los carlistas penetraron en el castillo, y dueños del principal baluarte dispararon un tiro, señal convenida con el cabecilla la Caba que estaba emboscado en las cercanías y entró enseguida en el pueblo, asesinando á muchos nacionales que sin armas y descuidados encontraron en las calles.

Pasada la sorpresa de los primeros momentos, se refugiaron los liberales en el fuerte de Santa Lucia y en la casa abadía, donde acudió el referido cura, y en ambos puntos se peleó con denuedo; mas desarmados muchos, dominados por el castillo, siendo imposible toda resistencia y después de muchas horas de rudo pelear, con repugnancia escucharon las proposiciones de capitulación que les hicieron los seraficos bandoleros, hasta que al fin, persuadidos por el cabecilla Forcadell, aceptaron los liberales, con las siguientes bases:

1.ª Que serían canjeados á los quince días.

2.ª Que no recibirían daño en sus personas y bienes.

Y 3.ª Que después de canjeados podían quedarse en sus casas ó tomar parte con los carlistas.

A la mañana siguiente intimóseles la orden de conesar para morir, por disposición de Cabrera, y *cincuenta y ocho* de los prisioneros, padres, hijos, hermanos, parientes y amigos fueron asesinados juntos en Villahermosa por aquellos miserables, peores mil veces que todos los dinamiteros habidos y por haber.

Los ensangrentados cadáveres de los pobres mártires hacían estremecer de horror é indignación...

Quedaban todavía prisioneros SEIS NIÑOS DE DIEZ á CATORCE AÑOS Y UN ANCIANO DE SETENTA. Aquellos lobos rabiosos acostumbrados á las mayores infamias vacilaron ante la inocencia y se contuvieron ante las caras venerables del pobre anciano, y preguntaron á Cabrera qué se hacía de los pobres niños y del anciano desvalido. Cabrera mandó que fueran fusilados sin excepción de clases, sexo ni edades, y las criaturas y el viejo fueron asesinados.

La indignación nos impide hacer comentarios. Hágalo el lector si es que tiene calma para ello.

El cura Renau fué llevado á Onda, donde Cabrera le hizo proposiciones que ningún hombre honrado podía aceptar, y que fueron rechazadas desde luego. Entonces mandó asesinar al desgraciado don Mariano, y al ruido de los tiros y en presencia del cadáver prorumpió en gritos y risas descompasadas excitando á los espectadores á hacer lo mismo.

En Borriol 17 soldados, un cabo, un sargento y un oficial, rendidos mediante capitulación en la que se estipuló respetarles la vida, son asesinados. En Urrea, se roba é

(Continuará.)